



LA DANZA DE LA MUERTE.

Imprenta Central á cargo de Víctor Saiz. Colegiata, 6.

LA
DANZA DE LA MUERTE

EN LA POESÍA CASTELLANA

POR

D. ÁNGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

LA DANZA DE LA MUERTE
EN LA POESÍA CASTELLANA.

> Nuestras vidas son los rios
> Que van á dar en el mar,
> Que es el morir:
> Allí van los señoríos
> Derechos á se acabar
> Y consumir:
> Allí los rios caudales,
> Allí los rios medianos,
> Y más chicos,
> Allegados son iguales;
> Los que viven por sus manos,
> Y los ricos.
>
> JORGE MANRIQUE.

I.

No hay pensamiento que tanto inquiete y atemorice al corazon humano como el de la muerte; pero si este pensamiento acude á preocuparlo alguna vez en circunstancias extraordinarias, quizás en ocasion en que se impresiona al espectáculo de la misma muerte, ó se halla poseido de honda afliccion

á la pérdida de un sér querido; tan angustiosas sensaciones no son ni pueden ser muy duraderas, porque es instintivo en nuestra condicion rechazar toda idea aterradora que limite el goce de la existencia. Necesario es para que éste llegue á obtenerse sin sombra alguna, el completo olvido de esta diosa implacable que tan omnímodo y constante imperio ejerce sobre la humanidad.

Podrán existir espíritus dados á la contemplacion y retraidos del mundo; bien sea el eremita que tiene á su vista en todo momento el material recuerdo de la muerte en una descarnada calavera; bien el sombrío monje de la Trapa que se impone como un deber el incesante y exclusivo pensamiento de su fin en la tierra y cava su lecho mortuorio; bien el austero penitente, enflaquecido por el insomnio y la vigilia, cual fué retratado por el pincel de Zurbaran; bien la vírgen cristiana que en místicos arrobos ambiciona trocar la mansion terrestre por las eternas moradas del Esposo divino, y *muere porque no muere*, como nuestra sábia doctora Teresa de Jesus; pero las gentes que viven en el mundo y gozan de sus placeres y seducciones en agitada existencia, no acarician la idea de su término tremendo como un consuelo cristiano y una conclusion precisa á las desventuras, penalidades y reveses

que se sufren en nuestra peregrinacion á la eternidad.

Hubo, sin embargo, una época memorable en que, agitados los espíritus por una extraña y misteriosa influencia, por un contagioso delirio, se acogió hasta con entusiasmo la idea de la muerte. Aun más: hízose á esta imágen espantosa y repugnante del sér que yace descarnado en el sepulcro, el tema de las inspiraciones en las artes y en las letras. El pintor trazó en el muro de los góticos claustros y en el de los cementerios, como lugar propio y adecuado, la fantástica figura de la Muerte, ejerciendo su inexorable poder sobre sus víctimas; el escultor animó con fúnebres orlas y con tan terribles escenas las cornisas y portadas de los templos; el cincelador adornó con ellas las armas, las urnas, el exterior de las copas y otros preciosos objetos; el grabador y el dibujante las reprodujeron en el libro ascético y piadoso; y por último, el poeta, dándole la forma dramática del *misterio* ó el *auto*, prestó á la misma Muerte una vida, puede decirse así, más animada y simbólica, poniendo en su boca, sin labios, tremendas sentencias mezcladas á veces con irónicos y burlescos pensamientos, que la revestian de un carácter especialísimo, el cual nos recuerda en cierto modo aquel que imprimió á

sus obras el genio trágico y cómico á la vez de Shakspeare.

Púsose de moda la muerte en el período á que nos referimos; y entónces, esta expresion medio aterradora, medio extravagante y grotesca de las concepciones de la mente exaltada, se popularizó en toda Europa, con fanatismo en algunas naciones; quedando en todas su recuerdo en sus notables monumentos artísticos y literarios. Tambien España los posee en este último género, y de ellos nos proponemos tratar en los presentes apuntes sobre tan curiosa materia.

Amplia es, sin duda, para un estudio detenido y comparado de esta sombría manifestacion del arte en todos los países donde tanto se generalizó (1). No es tal nuestro ánimo: menester serían para empeño tan difícil las páginas de un libro, y sobre todo mayor competencia y más autorizada pluma.

Antes de llegar á nuestro objeto, hemos de dar una breve idea del orígen que se atribuye á la que fué llamada *La Danza de la Muerte*.

(1) El ilustrado escritor D. Florencio Janer, con quien nos unía afectuosa amistad y cuya reciente pérdida lamentamos, dió á la prensa en Paris, el año 1856, el poema castellano del siglo XIV *La danza de la Muerte*, é indicó en el preámbulo que le precede su propósito de dedicarse á este estudio comparativo. No sabemos que llegara á cumplir su deseo, y es de sentir ciertamente.

II.

Hasta los tiempos en que la luz del Evangelio hizo conocer al hombre que al desprenderse el espíritu del cuerpo, éste es sólo un despojo destinado á la tierra, no podia aquél personificar á la muerte como el sombrío fantasma que se cierne sobre los cementerios cristianos; ni como idea habia de causarle la misma impresion que cuando llegó á escuchar el terrible *memento* al recibir de manos consagradas la ceniza en la frente. En la antigüedad pagana, despojábanse de todo lúgubre aspecto las honras tributadas á los finados: el fuego de las piras consumía los cadáveres con fastuosa pompa, y en los sarcófagos y monumentos erigidos á la memoria de los que dejaron de existir, no aparecia símbolo alguno de la muerte que repugnase á la vista ó pusiese espanto ó tristeza al ánimo, porque solo se

advertían en sus artísticos bajo-relieves graciosas figuras y grupos mitológicos.

El cristianismo, haciendo ver al hombre su pequeñez en la tierra, amonestándole á nunca olvidar que el término infalible de su tránsito por el que considera un valle de lágrimas, es la muerte, y que cuando llegue á esta hora suprema ha de ser juzgado por sus acciones, hizo que el mismo sér humano, sometido á esta ley inexorable, personificara en el esqueleto armado de cortante segur y de pavoroso aspecto, á aquella deidad infausta, la cual desde entónces, con cuerpo, forma y realidad, no fué la pura abstraccion, la idea filosófica, como en anteriores edades.

El temor á la muerte, propagado como precepto cristiano, y ya sentido en los corazones, aumentóse fundadamente en cierto período de la Edad media, corriendo el siglo XIV, con motivo de la excesiva mortandad que producian las calamidades más terribles. Las guerras, las escaseces, las epidemias devastadoras, se sucedian sin tregua, ofreciendo sus víctimas en excesivo tributo al insaciable fantásma de las tumbas. Preocupáronse los espíritus hondamente en el comienzo de tan trágico espectáculo, que continuaba en aquella centuria casi constantemente; y por una transicion extraña, po-

seidos de un febril delirio, como si quisieran alejar con la risa, el contento y los placeres aquella muda sombra que helaba la sangre al producir el lento toque de agonía en las campanas de los templos, pretendieron desentenderse de su amenazadora presencia; pensaron que hasta arrostrarian indiferentes sus emboscadas; pero en realidad no lograban engañarse, porque el terror era el móvil de esta ficticia tranquilidad y de sus impropios alardes.

Refiérese que una de aquellas pestes cruentas que diezmaban los pueblos, producia en sus atacados un vértigo espantoso que terminaba en ciertos movimientos epilépticos ó especie de danza á que los mismos se daban con frenesí. Uníanse de las manos en las calles los poseidos de este mal aterrador hasta caer desfallecidos. A este baile lúgubre y siniestro se atribuye por algunos el orígen de la *Danza de la Muerte*, llamada tambien *Macabra* (1).

(1) Sobre la denominacion que asimismo se dió de Macabra á esta danza fúnebre, existen diversos pareceres. Créese por algunos que es una alteracion del nombre de Saint Macaire, ó un derivado de la palabra árabe *makabir*, que significa cementerio. Juzgan otros tomó tal nombre del poeta Macaber, que trató este asunto en versos alemanes, traducidos al latin por P. Desrroy de Troyes, en 1460. El bibliófilo P. L. Jacob consigna que el inventor de esta danza de los muertos, como espectáculo, tomando el nombre de *Macabre*, se lo dió tambien á la misma danza; pero

Debia pensarse con razon que la Muerte presidia invisible tales escenas, dispuesta á recoger á los que así estenuados lanzaban su último suspiro.

Admitiendo que fuese este espectáculo espantable el orígen de la *Danza de la Muerte,* porque tambien hay quien lo niega (1), no es de extrañar que á esta niveladora adusta de las jerarquías mundanas se la considerase con mayor espanto al invitar á tomar parte en este último baile de despedida de la tierra, desde el sér más elevado por su alcurnia ó su riqueza hasta el mísero mendigo, desde el tierno infante que abre sus ojos á la vida hasta el decrépito anciano que se acerca á su fin, y lo mismo á la doncella en su edad más hermosa, que al varon fuerte y ágil halagado por los ensueños del porvenir, con una actividad más aterradora. Es indudable que poco faltaba para trocar en símbolo, en tema del arte cristiano, aquellas fúne-

---

segun otros, las imágenes de la Muerte de tan varia manera reproducidas por la pintura, fueron inspiradas por el poema de un trovador llamado *Macabrus*. Asegúrase tambien, por último, que tan fantásticos episodios fueron sólo una reproduccion de las mascaradas que en el siglo XIII se verificaban en Carnaval.

(1) H. Fortoul. *Essai sur les poemes et sur les images de la Danse des Morts.*

bres escenas que tanto tenian á la vez de grotesco como horripilante.

Difícil es consignar si ofreció primero la pintura ó la poesía estos cuadros imponentes que con tanta elocuencia presentan lo débil y perecedero de nuestro sér. Es de presumir que ántes de manifestarse en forma de *misterio* ó *moralidad* ú obra poética de otro género, el pensamiento de estas danzas debió brotar del pincel del artista; en cuyo caso aquellos círculos diabólicos de agonizantes que se creyeron producidos por la índole fatal de la epidemia á que nos referimos, sólo venian á ser un espectáculo, no ensayado ni fingido, reproduccion viva y animada de una idea ya tan popular en los parajes sagrados, especialmente por la pintura alegórica. La igualdad ante la muerte, presentada en tan sombríos cuadros, y, segun algunos presumen, anterior como obra del arte á las representaciones escénicas del siglo XIV, impresionaban al vulgo y eran dura enşeñanza y acuerdo á la soberbia del magnate. Los cementerios fueron escogidos con preferencia, como recinto propio de aquella imágen descarnada, para la reproduccion de tales episodios. Así, los muros de los camposantos y diversos lugares de Bale, Pisa, Lucerna, Dresde, Lubeck, Minden, Le Chaise-Dieu, Strasburgo, de

Blois y otros, se veian animados con los frescos que representaban tales asuntos (1).

(1) Créese que la pintura de la Danza Macabra más antigua fué la de Minden en Westfalia, hecha en 1383. Del año 1424 data la del cementerio de los Inocentes. Bajo el reinado do Luis XII se pintó la del patio principal del castillo de Blois. Atribuyóse equivocadamente á Holbein, nacido en el año 1498, y tambien la que ya existia en 1411 en el claustro de los Dominicanos en Bale. Esta era de las más celebres, así como la que decoraba la capilla de los Macabeos, demolida en 1819, en la catedral de Amiens. Esta Danza de la Muerte se componia de cincuenta personajes de todas las jerarquías mundanas. A cada figura, curioso y fiel retrato de los tipos y trajes del siglo XV, acompañaban algunos versos, uniéndose de este modo la poesía y la pintura para ofrecer las terribles asechanzas y sorpresas de la Muerte.

Hé aquí, para que se juzgue la analogía que ha conservado en todos los países la forma de estas manifestaciones en el poema, los que la temible diosa dirige al Rey:

Venez, noble roy couronné,
Renommé de force et promesse
Jadis fustes environné
De gran pompes, de gran noblesse.
Mas maintenant toute auitesse
Laissairez. Vous n'etes pas soul.
Peu aurez de votre richesse:
Le plus riche n'aqu 'ung linceul.

Despues de escrito el presente estudio, hemos visto un artículo titulado *La Danza Macabra y el Dies iræ*, de D. Pompeyo Gener, publicado en lo *Revista contemporánea*, tomo 10, pág. 44. Hállanse en él noticias muy curiosas sobre el orígen de esta *Danza* y de sus representaciones pictóricas en la Edad media en diferentes países, con otras consideraciones de carácter político-social sobre el orígen de la misma é idea simbólica que revela á juicio de su autor.

Más adelante hemos de dar una breve idea de cómo la pintura prestó vida á este baile fantástico, porque así pueda apreciarse la completa unidad de pensamiento que dominó á cuantos en diversa forma interpretaron un tema tan simbólico y moral, que tan bien se resume en aquellas severas palabras que advierten á cada sucesor de San Pedro lo transitorio de la existencia de este mundo, al apagar súbitamente la antorcha encendida ante sus ojos: *Sic transit gloria mundi.*

Pasma considerar cómo el vivo recuerdo de la muerte llegó á sostenerse de una manera tan tenaz y unánime hasta venir á ser la expresion del espíritu dominante durante un largo período de la historia, en todas las clases sociales de distintas naciones, á pesar de sus varias costumbres y carácter.

El pensamiento de la otra vida, envolviendo el del temor al castigo de las culpas, tan en su lugar despertado en el púlpito por los labios del orador sagrado ó por los del misionero de la fe cristiana; la severa amonestacion de vivir apercibidos para la muerte, salieron de su natural paraje para convertirse á todo sér piadoso ó mundano, en todo lugar y á toda hora, en perenne advertencia de que *lo mismo se abre la tierra para el pobre que para los*

hijos de los reyes (1), con su infinita variedad de forma, en sus lecturas, en sus espectáculos, en sus templos, en sus palacios, en sus tapicerias, y hasta en sus muebles y objetos de su uso.

La terrible imágen de los tormentos que se sufren bajo el poder de

L'imperator del doloroso regno,

como es llamado por el cantor de la *Divina Commedia* el espíritu del mal; la anhelosa espera de las almas que residen en el Purgatorio, y los goces inefables del Paraíso, se ofrecian en esa época con la imágen de la Muerte, inevitable predecesora de unos y de otros. El espectáculo pavoroso é imponente, tal como lo trazó Miguel Angel más tarde en su célebre lienzo del *Juicio final*, se hallaba ya con sus réprobos y sus justos y con toda su enérgica expresion y viveza, en la imaginacion sobreexcitatada, en la fantasía del creyente cristiano.

Por eso habia surgido en aquellas edades mismas un genio sublime, un Dante, que acogiendo para asombrar con su inspiracion el tema ó asunto de las obras piadosas y del canto de los poetas de su siglo, que ya hacían populares sus *Diálogos entre*

---

(1) Horacio. *Carminum*, lib. II, oda XVIII.

el cuerpo y el alma, emprendió su fantastica peregrinacion con la luz de Beatriz, la perdida esperanza de sus amores, por el recinto de la desesperacion, por *la ciudad doliente, el suelo de la esperanza*, y por las celestes regiones de la felicidad.

Es evidente la influencia que tambien debió ejercer esta clásica obra en los autores de la *Danza de la Muerte*, en sus manifestaciones de todo género; y una prueba que fué así, ofrecen las pinturas del florentino Andrés Orcagna, que siguiendo los versos de aquel gran poeta, trazó con su pincel el *Infierno* y el *Paraíso*, y dominado por la misma inspiracion, fué tambien el autor del *Triunfo de la Muerte*, que adornó los muros del cementerio de Pisa en el siglo XIV.

Aquella mezcla que se advierte en la *Divina Commedia*, en el infierno, en los lugares de expiacion y en los de la recompensa, de los que en vida terrenal tuvieron suerte distinta,. altivos ó humildes, poderosos ó débiles, pontífices, reyes, prelados, altas dignidades, personalidades célebres é históricas, y los que hallaron en el mundo diversa representacion; su igualdad absoluta en aquellas esferas, es la mezcla é igualdad que la Muerte presenta en su *danza,* como ejecutora de una mision piadosa y caritativa; puesto que advierte al pecador contumaz,

al soberbio engreido, al usurpador de ajenos bienes, al olvidadizo de la virtud, que al ser llamado por ella, les aguarda irremisiblemente, á no sentir el arrepentimiento, aquel fiero gemir y padecer sin esperanza.

El constante recuerdo de la otra vida que inquietaba los ánimos de tal modo en la Edad Media, el insaciable afan del genio que consagraba entónces su inspiracion á todo cuanto se referia á los misterios de la muerte, haciendo de éstos el asunto favorito de sus obras, influyeron á su vez, sin duda, en el mismo Dante al concebir su célebre poema. Las leyendas, las historias de los santos, donde existian terribles revelaciones para los vivientes, de los tormentos del infierno: entre las primeras, la renombrada del *Purgatorio de San Patricio*, que data del siglo XII; las mismas representaciones escénicas ó *misterios*, en los cuales se exponian al pueblo los más terroríficos cuadros sobre el mismo tema, debieron en mucha parte exaltar la imaginacion del cantor de Beatriz, y ser causa de que legara á la posteridad la obra que inmortaliza su nombre.

Antes de que el gran poeta la diese á luz, ya se ofrecia en el año 1304, en aquel *misterio* que atrajo tantos espectadores á las orillas del Arno y ocasionó que una parte de ellos perecieran en el hundi-

miento de su puente, al rebelde tentador ó á la Muerte misma, sino como la protagonista que fué más tarde de aquel baile fantástico, interviniendo en primer lugar en ficcion tan pavorosa, donde figuraban los horrores de los tenebrosos abismos infernales.

Véase, pues, cómo cuando la fantasía del poeta ó del artista adjudicó á la Muerte la direccion de la *Danza* á que habian de concurrir todos los séres humanos, ya aquella existia personificada y presentándose cual interlocutora necesaria en los sombríos dramas cuyo asunto versaba sobre los misterios de la eterna vida, á la que se llega despues de rendir vasallaje á tan cruenta soberana del mundo.

III.

Una de las más antiguas composiciones del género literario especial de que tratamos, entre las que cuentan otras naciones, es la atribuida por algunos con escaso fundamento al judío Rabbi Don Santo Tob, compuesta en la segunda mitad del siglo XIV. Titúlase este poema *Danza general de la muerte*, y se distingue de los de su clase extranjeros, en su tono y estilo graves y adecuados, y por ofrecerse exento de dichos y bufonadas impropias que no dejaban de caracterizar los de otros países. Existian, sin duda, en estos algunas composiciones de igual asunto anteriores á la española; y puede citarse, entre otras, la leyenda francesa del siglo XIII *Des trois Morts et des trois Vifs*, por su analogía con el mismo, en la cual se describe una vision tenida por el

justo anacoreta de la Tebaida, San Macario (1). Ya en el siglo XV, y con el carácter de misterio ó representacion dramática, se verificó en Paris una danza de la Muerte, teniendo por lúgubre escenario el cementerio de los Inocentes; espectáculo que, segun expresa un ilustre escritor francés, fué importado de Inglaterra (2). El bibliófilo Jacob, en su historia fantástica del siglo XV, *La Danza Macabra*, describe de un modo novelesco estas extrañas representaciones, verificadas en el año 1424 la primera, hasta el de 1429; siendo de notar la rara circunstancia de que entónces reinaba devastadora epidemia, y que los mismos espectadores que acudian á tan siniestro paraje á aplaudir las bufonadas ó terribles sentencias de la Muerte invadidos acaso del contagioso mal, no tardaban á su vez en ser los protagonistas de aquel popular regocijo.

No nos atrevemos á afirmar que la *Danza de la Múerte* española á que nos referimos, fuese representada: por su índole, parece á algunos escrita con

---

(1) Aún anterior á esta leyenda es el poema de Tibaut de Merly, titulado *Vers sur la mort*, compuesto el siglo XII en la abadía de Notre Dame du Val. Su pensamiento es completamente análogo al que preside en las *Danzas de la muerte*: ante ésta acuden tambien en el mismo, todos los representantes de las jerarquías mundanas.

(2) El Vizconde de Châteaubriant.

este objeto, y hasta en ella ven indicados los pasajes que pudieran ser declamados ó cantados, así como aquellos en que se da lugar al baile. Júzgase, sin embargo, por otros que, áun considerándola el primer ensayo dramático español, carece de condiciones para ser representable.

A pesar de que este poema ha sido ya examinado y dado á conocer por algunos críticos de nuestro país, y detenidamente por el erudito autor de la *Historia crítica de la literatura española*, D. José Amador de los Rios, y contarse ya con varias reimpresiones del mismo (1), no dejarémos de exponer por nuestra parte, aunque con escasa autoridad para ello, el estudio que hemos hecho de tan notable rasgo de la antigua poesía castellana.

(1) Entre las reproducciones que se han hecho de esta *Danza de la Muerte*, recordamos la de Ticknor en su *Historia de la literatura española*, é incluida tambien en la traduccion al castellano de la misma, de los señores Gayangos y Vedia; la ya citada que se dió á luz en Paris por D. Florencio Janer en 1856, é inserta por el mismo en el tomo 61 de la *Biblioteca de Autores españoles.—Poetas castellanos anteriores al siglo XV*. Cita el Sr. Amador de los Rios en su expresada obra, una edicion desconocida de la *Danza de la Muerte*, hecha en Sevilla el año 1520. «Hasta veinticuatro nuevos personajes, dice aquel escritor, figuran en esta *Danza*, notándose entre las estrofas añadidas y las de la *Danza general*, aunque ya algo alteradas, considerable diferencia de lengua y estilo. Todo nos persuade á creer añado, que recibió esta manera de renovacion en la segunda mitad del siglo XV.»

Adviértense desde luego en tal produccion, bajo el punto de vista literario, los adelantos que en el habla y en la versificacion se iban alcanzando gradualmente en nuestra patria; y bajo el aspecto moral, el estado de nuestra sociedad de entónces, como quizás en ninguna otra composicion contemporánea suya, porque es una revelacion de las costumbres de cuantos ocupaban un puesto en ella, grandes ó pequeños, ricos ó menesterosos; ya los consagrados al servicio de la iglesia ó al de las armas, ya el hombre de carácter civil y otros personajes, tipos exclusivamente del siglo á que se refiere en la Península española. Añádese á esta circunstancia, que le imprime un sello especial, otra no ménos digna de aprecio y que dejamos indicada, reconocida por aquellos que han cotejado la misma con las que han producido los poetas de otros países: la de hallarse exenta de ciertos rasgos groseros y de mal gusto que aparecen por lo comun en las últimas.

Da comienzo nuestro poema con un breve prólogo, que viene á ser el sumario del mismo. «La muerte, copiamos sus palabras, dise abisa á todas las criaturas que pare mientes en la breuiedad de su bida e que della mayor cabdal non sea fecho que ella meresçe... e reqere á todos los estados del

mundo que bengan de su buen grado o contra su boluntad.»

La constante dominadora de la humanidad, cuyo feudo es la tierra, presentándose desde luego engreida de su poder, amonesta *á todas las criaturas que son y serán en el mundo*, que vivan apercibidas de sus sorpresas. Así lo hace saber lo mismo al mancebo valiente que al infante recien nacido y al anciano caduco, á quienes exhorta á un tiempo á hacer penitencia por sus culpas. Demanda en su apoyo la voz de un predicador que acude á excitar al cumplimiento de las virtudes *con bueno e sano consejo.*

Fased lo que digo, non vos detardedes,
Que ya la muerte encomienza a hordenar
Vna dança esquiua de que non podedes,
Por cosa ninguna que sea escapar.

Entónces la Muerte, poseida de su fuerza y del completo dominio que le es dado ejercer, convoca de este modo á la includible danza á los séres humanos:

Á la dança mortal venit los nasçidos
Que en el mundo soes de qualquiera estado,

El que non quisiere a fuerça e amidos
Faserle he venir muy toste parado.
Pues que ya el frayre bos ha predicado
Que todos bayaes a faser penitençia,
El que non quisiere poner diligençia
Por mi non puede ser mas esperado.

Dos hermosas doncellas son las que en primer lugar acuden á la voz de la Muerte, bien á su despecho. Ya, segun el anuncio del tirano esqueleto, no ha de halagarles el perfume de las flores, porque trocadas en breve sus galas en desnudez y su belleza en fealdad, serán presas del gusano roedor de los sepulcros. ¡Cuán terrible sorpresa en la edad florida de las ilusiones!

El Sumo Pontífice, que representa la jerarquía más alta en la tierra por su sagrado carácter, es llamado despues por la Muerte; obteniendo tan fatal preferencia como un debido homenaje á su dignidad. De nada sirve en este momento al gran prelado ceñir la tiara á sus sienes, quizás alcanzada en el humilde retiro de una celda. En tan duro trance, exclama:

Ay de mi, triste, que cosa tan fuerte,
A yo que tractaua tan grand prelasia,

Aber de pasar agora la muerte
E non me baler lo que dar solia.
Benefiçios, e honrras e grand sennoría,
Toue en el mundo pensando benir,
Pues de tí, muerte, non puedo fuyr,
Bal me Yhesucristo e la birgen Maria.

La inexorable cumplidora de sus sentencias, es insensible á los lamentos y las súplicas, y replica adustamente:

Aquí moriredes syn faser mas bolliçios.

Al Padre Santo sigue el Emperador. Cógele de improviso la llamada de la Muerte. ¿Quién á la altiva, á la poderosa majestad podrá defender contra tan invisible enemiga? Vano es que demande el auxilio de sus súbditos, porque al fin ha de resignarse, turbada la mente de pavor y mal de su grado. á ver el fin de sus grandezas.

Tócale su vez al purpurado Cardenal, á quien aflige el aviso de la Muerte. Esta responde con brusca rudeza á las quejas de todos. Al gran dignatario de la Iglesia recuerda sus ambiciosas miras.

Pensastes el mundo por vos trastornar,

Por llegar a papa e ser soberano,
Mas non lo seredes.

Niégase el Rey, invitado despues al baile, á entregarse sin resistencia. Llama á sus caballeros para que le protejan con sus guardias. ¡Inútil recurso! Contra este poderoso de la tierra, prorumpe el sombrío esqueleto:

Ay fuerte, tirano, que syempre rrobastes.
Todo vuestro rreyno o fenchistes el arca,
De faser justiçia muy poco curastes,
Segunt es notorio por buestra comarca.
Venit para mi, que yo so monarca,
Que prenderé a vos e a otro mas alto,
Llegat a la dança cortés en vn salto.

Este vano monarca no tenía sin duda presente aquel tan conocido recuerdo hecho á Sestio por Horacio, el gran poeta latino

Pallida Mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.

Descendiendo la escala social, llega la Muerte al Patriarca, quien, como los demas convocados, la-

menta su infortunio; despues al Duque, que en vano demanda una próroga á su vida, pesaroso de dejar tan de súbito sus torneos, sus cacerías y sus placeres. Llégale su vez al Arzobispo, cuya conciencia le hace recelar los eternos tormentos, y ve con amarga pena llegada su última hora; le siguen el Condestable, á quien sorprende tan imprevista invitacion, y pide su caballo para huir de aquella danza temida, siendo reconvenido de la Muerte por su falta de valor y serenidad; el Obispo ágriamente tratado, y el Caballero no conforme con dejar sus brillantes armas, sus tierras y mercedes reales, y concurrir

A tal dança negra de llanto poblada.

Lamenta en seguida el Abad, en tan cruelísimo trance, la pérdida de los sabrosos manjares de su mesa, y aféale su gula y sus vicios la sombría directora de la danza. El Escudero gime sus perdidos amores y su infortunio, al anunciarle el horrible esqueleto que su figura será idéntica á la que él ofrece, en término cercano. El Dean se ve arrancado del coro, y apostrofado de rico avariento; y el Mercader, sorprendido cuando ha llegado á enriquecerse por malos medios y no sabe á quién dejar el lucro de sus empresas. Apena al Arcediano el verse en-

gañado por el mundo que le prometia mayor vida. El Abogado no íntegro; el Canónigo satisfecho de su bienestar; el Físico codicioso de ganancia más que de la salud del enfermo; el Cura á quien duele perder las dádivas de sus feligreses; el Labrador que sufrirá el castigo merecido si hurtó en tierra ajena; todos van pasando sucesivamente revista y concurriendo á la danza pavoresa.

Acude á su vez el Monje: es el primero que oye sin espanto el llamamiento de la Muerte.

Loor e alabança sea para syempre
Al alto sennor que con piadad me lieua
A su santo Reyno a donde contemple
Por syempre jamás la su magestad.
De carçel escura vengo a claridad
Donde abré alegría syn otra tristura,
Por poco trabajo abré grand folgura;
Muerte, non me espanto de tu fealdad!

La sentenciosa Muerte le contesta:

Sy la regla santa del monge bendicto
Guardastes del todo syn otro deseo,
Sin dubda tened que soes escripto
En libro de vida segunt que yo creo.

Pero sy fesistes lo que faser veo
A otros que andan fuera de la regla,
Bida vos darán que sea más negra.

Sigue al Monje el Usurero, que se ve calificado de

Traydor vsurario de mala conçençia;

á éste el Fraile mendicante asaz vicioso; el Portero de maza, custodio de las puertas del Rey, cuya entrada no impide al que sabe abrirlas con el oro; el viejo Ermitaño que, á semejanza del Monje, sin repugnancia á morir, desea la piedad divina; el Contador nada escrupuloso; el Diácono; el Recaudador falto de probidad; el Subdiácono; el Sacristan, dado á alegres y nocturnas aventuras; el Sacrist (sic), ó *Rrabi barbudo*, el Alfaquí, pertenecientes ambos á aquellas razas establecidas entónces en nuestro suelo, y el Santero, por último.

Tambien para los que no han desfilado en esta sombría procesion, hay una especial convocatoria de la Muerte. *Lo que dise la Muerte a los que non nombró.*

A todos los que aquí no he nombrado

De cualquier ley e estado o condyçion,
Les mando que bengan muy toste priado
A entrar en mi dança sin escusaçion.
Non resçibiré jamas excbçion,
Nin otro libelo nin declinatoria,
Los que bien fisieron abrán syempre gloria.
Los quel contrario abrán dapnaçion.

A lo cual dicen. *los que han de pasar por la Muerte*:

Pues que asy es que a morir abemos
De nesçesidad syn otro remedio,
Con pura conçiencia todos trabajemos
En servir a Dios syn otro comedio.
Ca él es prínçipe, fin e el medio
Por do sy le plase abremos folgura,
Avn que la muerte con dança muy dura
Nos meta en su corro en cualquier comedio.

En estos versos últimos se halla resumida la moralidad del poema. Notable es la viveza de colorido que anima á los diversos personajes que en él figuran, y sobre todo la satírica locuacidad de la Muerte. Adviértese asimismo cuán de relieve están presentados los vicios que los caracterizaban en su

época, y con cuánto rigor se trata á aquella parte del clero que, olvidada de sus deberes por su desatentada aficion á los bienes mundanos ó su conducta relajada, era objeto de repetidas censuras (1). Cierto es que en tiempos como aquellos en que se escribia el poema de la *Danza de la Muerte*, de contínuos disturbios civiles, bajo el azaroso reinado de D. Pedro, llamado *el Cruel*, se hallaban alteradas las costumbres sociales; agitándose, en medio del destiento y la violencia de las pasiones desordenadas, la nobleza, los altos próceres, las gentes del clero y las de las clases populares, ménos comedidas de suyo, cuando no son guiadas por el ejemplo.

Obsérvase tambien en el poema castellano, que no es la Muerte el arlequin que, tanto en el *misterio*

---

(1) Oportuno parece aquí el recuerdo de los versos que se encuentran en un curioso libro publicado en tiempo algo posterior al de la *Danza general* (el año 1508), por hallarse dichos tambien por la Muerte y contra los *prelados malos*. Tremendas son en verdad las culpas y escandaloso es el desórden en las costumbres de los mismos, que se hacen públicos y se reprenden en ellos. Titúlase esta obra, escrita toda en verso, *La vida y la muerte.—Altercacion, pleito y disputa, rencilla é cuestion contra la Muerte*; y fué su autor el reverendo padre fray Francisco de Avila, de la observancia de Menores. Es, en resúmen, un prolijo y largo relato de la Muerte, sobre aquellos más ilustres personajes que ella misma llevó de este mundo y habia visto en el otro. Tambien en él se amenaza á los que *son no muy lejos de ella*, y avisa que se den por emplazados.

como en la pintura, ofrecen algunos de los que han producido obras basadas en este asunto. No es aquel payaso burlon que prepara sus bromas de mal gusto ó alguna truhanesca sorpresa á sus víctimas; no se presenta al cojo, con cruenta ironía, ostentando una pierna de palo, ni tañendo el violin como el músico á quien invita á danzar; ni rompe el cordon del perro que guía al infeliz privado de la vista al borde del hoyo en que debe caer, imitadora intencionada de la malignidad humana. No es así la Muerte de la obra del poeta español del siglo XIV: sus mandíbulas no gesticulan de un modo grotesco, ni ríen, provistas de sus dientes, sus picarescas y crueles astucias.

Hállase unido al mismo códice que contiene la *Danza de la Muerte*, y por algunos se tiene como del mismo autor, un corto poemita, cuyo título es *Reuelaçion de vn Hermitanno*, escrito en igual clase de metro. No deja de tener analogía por su asunto, con la obra que lo acompaña. Este se reduce á la contienda que sostiene el Alma y el Cuerpo, la primera en figura de ave de blancas plumas que revolotea alrededor de aquél, sin vida ya y en estado de corrupcion. Reconviene el Alma á estos despojos inanimados de haber sido causa de su condenacion; y el Cuerpo á su vez culpa el verse roido de viles

gusanos, á los *malos fechos* del Alma. Un ángel del Señor acude en auxilio de esta, y la salva dándole el triunfo. Termina la *revelacion* con las reflexiones que hace la misma Alma contra las falsedades del mundo, los vicios que dominan todas las clases sociales y el vano orgullo de los engreidos por la suerte (1).

No dejaremos de reseñar en este paraje, del modo más sucinto posible, la ampliacion que tuvo la misma *Danza de la Muerte* primitiva, en la edicion dada á luz en Sevilla el año 1520, á que ya nos referimos (2). En esta hacen más extensa su introduccion

(1) En un curioso artículo literario publicado por el señor Marqués de Pidal en el año 1856, con el título de *Frágmento inédito de un poema castellano antiguo*, se trata del recien descubierto entónces, y que presume sea de principios del siglo XIII, ó tal vez anterior. Su asunto es el mismo que el de la *Revelacion*, tan popular en todos los paises en aquellos tiempos como el de la *Danza de la Muerte*: es un *Diálogo entre el Alma y el Cuerpo*. En la comparacion de ambas composiciones, se advierten los adelantos de la lengua, la versificacion y el estilo de la época en que floreció el autor del poema que examinamos. En el mismo erudito trabajo del expresado Marqués de Pidal, se da noticia de otros poemas del mismo género, notables por su antigüedad, escritos en otros idiomas. «En el siglo X, dice, ya la literatura anglo-sajona tenía un poema sobre este famoso tema popular, y despues le hallamos en latin y en griego de los tiempos medios, en anglo-normando, en inglés, en provenzal, en francés, en aleman, en holandés, en italiano, en dinamarqués y en sueco».

(2) Encuéntrase reproducida en las *Ilustraciones* del

las estrofas de la Muerte; pero en cambio se suprimen las del Predicador, conservando una sola que dice la misma. Tambien se advierten aumentadas las que se dedican á las Doncellas, para tener ocasion, sin duda, de censurar los afeites y perfumes que emplea la femenil presuncion con el fin de embellecer el semblante, y sólo trayendo una vejez prematura.

Temiendo prestar una extension inconveniente á nuestro trabajo, daremos una idea nada más de los nuevos personajes que llegan, despues de los que conocemos, á presencia de la Muerte en la *danza* refundida.

Con ligeras variaciones, esta continúa lo mismo que la primitiva hasta llegar al Santero: todos los que le siguen son añadidos. El primero que se halla en este caso es el Juez, á quien, como á otras gentes de justicia, apostrofa la Muerte de apropiador malicioso de lo ajeno, en son de intérprete de la

---

tomo VII de la *Historia crítica de la literatura española*, del Sr. Amador de los Rios, poseedor de una copia sacada de la impresa que se halla en Roma en la Biblioteca de la Sapienza. Fué publicada en la ciudad y año expresados, por Juan Varela de Salamanca. Lleva la primera de aquellas notas ó ilustraciones el epígrafe siguiente: «Sobre la tradicion poética de la *Danza de la Muerte* hasta principios del siglo XVI», y contiene algunas muy curiosas noticias, aunque en resúmen, sobre varias producciones de este género.

ley. No salen mejor librados el Escribano y el Procurador, á los que además de afearles aquella iguales costumbres, los encuentra muy dados á las *puras mentiras*. En pos de estos, vienen el despierto y aprovechado Cambiador, el Platero, hábil en las falsificaciones; el Boticario mezquino, que malamente trueca en oro sus drogas y jaropes; el Sastre que, como todos los hasta aquí nombrados, posee desmedida aficion á lo que no le pertenece; el mal hablado y brusco Marinero; el *Don villano* y ruin Tabernero, tan experto en armonizar el vino con el agua; el Mesonero, no ménos escrupuloso; el Zapatero y el Borceguinero, ambos estafadores por su poca conciencia al dar por buenas las obras de su oficio.

Tambien es llamado por la Muerte, con cruel exigencia, el truhan Tamborino, á quien manda acuda á la danza dando muestras de su agudeza y donaire. Suceden á este último, el Tahonero, no observador del precepto santo en el dia festivo; el Ciego, que no gozando del mundo, se resigna humildemente á su fin inmediato. No son olvidados los que comercian con el culpable propósito de alcanzar un lucro indebido (1). Estos dan término al extraño baile

(1) Estos vendedores de *falsa balanza*, son la Panadera, la Rosquillera, el Melcochero, el Especiero, el Carnicero y la Pescadora.

entre el malicioso Bordonero y el Corredor, diestro en los engaños.

Tales son las nuevas figuras que ofrece la edicion hecha en Sevilla. Imítase en toda la parte adicionada el lenguaje, estilo y versificacion de la que le antecede. Las estrofas del final son las mismas de la primera, aumentadas con dos, donde se aconseja la conducta que debe observarse para obtener la eterna felicidad.

Estas obras del ingenio, tan importantes en la historia de nuestras letras, demuestran un estudio cumplido de las flaquezas del corazon humano.

IV.

Algunos poetas españoles del siglo XV siguieron tomando por asunto de sus obras el lúgubre tema de la *Danza de la Muerte.* Un ilustrado crítico que ya hemos citado anteriormente (1), da interesante noticia de dos farsas, *Danzas* tambien, escritas en catalan por Pedro Miguel Carbonell, archivero real de Aragon á fines de aquel siglo, una original y traducida otra. Esta lo fué de la francesa de *Joannes Climachus* ó *Climages, un sanct home doctor é canceller de Paris.* La que pertenece al ingenio español, que los traductores y anotadores de Ticknor suponen tambien vertida de otro idioma, hace entrar en la danza, con pocas excepciones, á distintos

---

(1) D. José Amador de los Rios, *Historia crítica de la literatura española*, tom. IV. Tambien se encuentran algunas otras noticias sobre estas farsas en las *Ilustraciones* del tomo VII de la misma obra.

personajes de los que figuran en la escrita en castellano. Es de notar que tanto su autor como el copista de la obra, no se excusan de concurrir al terrible llamamiento. Esta idea original nos recuerda la de Klauber, poniéndose de igual manera en la *Danza* que pintó en el cementerio de Bale. La Muerte se aproxima á él en el momento de terminar su obra, encomendada por ella, y llamándole á tomar parte en el baile que le ha inspirado, le dice: «Hans Hugo Klauber, deja tus pinceles» (1). La *Danza* catalana, segun el Sr. Amador de los Rios, puede con razon llamarse *palaciega*, por referirse principalmente á la gente de palacio.

A la misma centuria décimaquinta deben pertenecer unas coplas de suma rareza, que vienen á ser un diálogo representable, aunque como tal no lo

(1) Nicolás Manuel, llamado Deutsch, al terminar, hácia el año 1520, su célebre *Danza Macabra*, en cuarenta y seis grandes composiciones, para decorar los muros del convento de Dominicanos de Berna, tuvo asimismo idea tan original. Retratóse poniendo á su lado á la Muerte, apoderándose del tiento con que apoya su mano, para arrebatarle su pincel. El artista, poeta á la vez, explica su pensamiento en los versos alemanes que colocó sobre su cuadro, y cuya traduccion es como sigue:

«Sobre esto muro he representado á todos los vivientes: ahora te corresponde danzar en la rueda. ¡Ay! Si no puedo quedarme en este mundo, yo dirijo mi oracion al Salvador Jesus, cuando la muerte intenta arrebatarme la vida. Adios, camaradas; adios, amigos.»

consigna Moratin en sus *Orígenes del teatro,* ni Barrera en su *Catálogo del teatro antiguo español.* Su título es *Coplas de la Muerte, como llama á un poderoso caballero, y otras coplas á la Muerte hechas, y otras coplas hechas por Juan del Encina* (1). Por la idea que el autor del libro, no há mucho publicado, de donde tomamos esta noticia, da de su argumento, parece oportuno á nuestro propósito recordarlas en este paraje. No conociendo tan curiosa produccion, impresa hácia el año 1530, trasladamos el resúmen que de la misma se hace en la expresada obra; es como sigue:

«Llama la Muerte á la puerta de un caballero rico, y manda al portero que haga salir á su amo; se resiste aquel á ejecutar semejante órden, alegando, entre otras razones, la de hallarse en un convite con varíos amigos; pero insistiendo la Muerte en que le haga comparecer, obedece el criado, y entra anunciando que un hombre de oculto busca al caballero; incomódase éste de verse interrumpido en los placeres del festin, y dice:

---

(1) Hállanse citadas en el *Catálogo de la Biblioteca de Salvá* (Valencia, 1872). Su autor cree que el ejemplar á que se refiere, sea ya el único. A continuacion del *Diálogo*, se hallan las otras coplas á la Muerte, diez octuvas, dos villancicos y los de Encina, que se encuentran en el *Cancionero* del mismo.

¿Quién es ese que me llama?
Váyase en hora buena,
Hombre soy rico y de fama,
Él viene de tierra agena;
Él no seria tan osado
De hablar tal contra mí,
Que será mal destrozado
Si no se parte de aquí.

»La Muerte, á quien no parece arredran estas bravatas, le amonesta para que se prepare á seguirla; el paciente se opone y alega, como razones poderosas para no ser dócil á tan inesperado mandato, el poseer muchas riquezas y tener relevantes títulos de nobleza; le anuncia el mensajero serlo del *rey mayor de justicia*, y entónces el rico le ofrece hospedaje y vino, y hasta le brinda á ser *medianero* con él en sus heredades; pero la inexorable Muerte insiste y añade:

Qu'el rei alto soberano
Te manda luego partir,
Y que serás con los justos
En su santo paraíso;

con tan halagüeña pespectiva se resigna á su

suerte, despidiéndose de sus hijos y su mujer.»

A esta dirige algunas palabras, en varias estrofas de ocho versos, de los cuales copia tres el autor del referido *Catálogo*. Hace despues oracion, y termina la pieza del modo siguiente:

Pues eres tú poderosa
Muerte que á levarme vienes,
Yo hice una fea cosa
En levar á tantos bienes;
Que jamás desde pequeño
Trabajé por más subir,
Que jamás tomé engaño
Para poder bien vivir.

Obsérvase, pues, que el objeto moral de esta composicion es el mismo que preside en todas las *Danzas de la Muerte:* hacer ver á los hombres lo frágil y perecedero de los bienes y esperanzas mundanas, personificando á la Muerte como la más á propósito para advertir á los desmemoriados de su poder, cuán súbito fenecen las ilusiones de la vida.

A la primera mitad del siglo XVI pertenece la *Farsa de la Muerte* del bachiller Sanchez de Badajoz, obra relacionada con las del género que examinamos, como su título indica, y una de las que con-

tiene su libro, sumamente raro é interesante, da do á conocer, pues se ignoraba su existencia, por el mismo Salvá, en su *Catálogo*. Llámase aquel *Recopilacion en metro del bachiller Diego Sanchez de Badajoz, en el cual por gracioso, cortesano y pastoril estilo, se cuentan y declaran muchas figuras y autoridades de la sagrada Scriptura, agora nuevamente impreso*, etc. Lo fué en Sevilla el año 1554; cuando ya su autor habia fallecido. En esta «farsa de la Muerte, son ynterlocutores quatro figuras: vn Pastor; vn Viejo como enfermo y pobre y mal vestido; vn Galan mançebo y gentilhombre bien ataviado; la Muerte que se puede hazer con vna máscara como calaverna de finado con su Aljaua alas espaldas llena de saetas y vn arco en la mano con su arpon: comiença ahablar el pastor.»

Por el año 1530 dábase á la imprenta una obra de distinto asunto, pero algo análoga en su pensamiento, debida á Fernan Lopez de Yanguas, conocido tambien como autor de la *Farsa del mundo y moral del accetor de la Real*, é imitacion de la obra latina, ya traducida al inglés y al frances en el siglo XV (1). No versa sobre el sombrío tema de la *Danza de la Muerte*, ni como tal la recordamos en este paraje;

(1) *Triunphos de Locura nuevamente compuestos por Fernan Lopez de Yanguas.*

pero bajo el punto de vista moral de dar á conocer los vicios y las locuras de la sociedad de entónces en el mismo estilo poético, es enteramente parecida á las producciones de aquella clase. Pertenece al género didáctico, y no es dramática su forma. La Locura personificada, avasallando de igual modo en gran número á las gentes de varias edades y estados, poseidas algunas de las más vergonzosas pasiones, obtiene sus *triunfos* sobre las mismas. Figuran, pues, en el concurso *perlados*, clérigos, religiosos, monjas, grandes, escuderos, pobres, holgazanes, codiciosos, enamorados, celosos, parásitos, rústicos, jugadores, poetas, médicos, teólogos, viejas, juristas, gramáticos, retóricos, niños, adolescentes y algunos otros más.

No es tampoco una *Danza de la Muerte* la tragicomedia alegórica *El Paraíso y el Infierno*, impresa en 1539, imitacion de un auto escrito en portugués por Gil Vicente, veinte años ántes, ó refundida en español, segun otros, por el mismo; pero sin duda se halla relacionado su pensamiento con el que encierra aquel género de composiciones. A esta moral, «representacion del diverso camino que hacen las ánimas en partiendo desta presente vida,» concurren diversos personajes de vária condicion en el mundo y que perdieron la existencia de diferente

modo. Todos pretenden entrar en la barca del Paraíso, que guía un ángel, y no en la del Infierno dirigida por Caron, donde los espera el espíritu maligno. El hidalgo, el fraile, la moza, el logrero, la arregladora de livianos antojos, el judío, el zapatero, el ahorcado por ladron y los cuatro caballeros que murieron en la guerra contra moros, van pretendiendo sucesivamente la entrada en el Paraíso; pero el único que lo alcanza es un bobo ó inocente. Inútil es la resistencia de los demas contra su horrendo destino: son llevados á los antros de eternos tormentos. No sólo por la moralidad que encierra esta composicion dramática, sino por describir tan bien los caracteres diversos de sus interlocutores, y asimismo las costumbres de su tiempo, es digna ciertamente de estimacion.

Con frecuencia acuden á nuestra memoria en el estudio de estas especiales obras del ingenio, algunas de aquellas del que lo es tan popular en nuestra patria por su gran donaire, y no ménos apreciado por su profunda filosofía, que tan bien supo envolver en sus satíricas agudezas. No es difícil adivinar que nos referimos á D. Francisco de Quevedo. Los excesos y vicios de la sociedad en que vivia, el licencioso desórden de cuantos concurrian á formarla en su varia condicion, se hallan tambien

censurados y reprendidos con el amargo chiste, seguido á veces de la grave y sentenciosa observacion, por aquel ilustre escritor del siglo XVII, en sus *Sueños*; crítica admirable y donosa, de evidente moralidad en el fondo, de todas aquellas demasías. ¿Cómo no hallar semejanza y conformidad de pensamiento en el fin de estas obras, con el que predomina en las *Danzas de la Muerte*, donde de igual modo se presentan y son reprobados los malos instintos ó las flaquezas del corazon del hombre? La misma infausta diosa se muestra al feliz poeta y buen hablista, en aquel sueño que lleva el nombre de *El Sueño de la Muerte*, despues llamado *Visita de los Chistes*, llena de coronas, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, brocados, seda, oro, diamantes, perlas y guijarros, y le ofrece en su reino, y en confusa mezcla, á los habladores, los chismosos, los entremetidos, los avarientos, y los que con estos y otros vicios ejercieron cargo, oficio ó profesion señalada. Tal idea preside en *El Sueño de las calaveras*, antes conocido por *El Sueño del juicio final*. Aquellos personajes que hemos visto concurrir al baile de la Muerte con sus hipocresías, sus ambiciones, sus malicias y sus torpezas, se encuentran tambien reunidos en esta vision fantástica, y en la titulada *Las Zahurdas de*

Pluton, y asimismo *Sueño del Infierno*. Reyes desvanecidos y ambiciosos, fatuos hidalguillos, Jueces sin probidad, Escribanos y Procuradores falsos y sin conciencia, Galenos charlatanes, Mercaderes usureros, Cortesanas desenvueltas, Dueñas arrugadas, *(ranas del infierno)*, Taberneros bellacos y truhanes, Venteros de la misma estofa, Astrólogos, Filósofos, Poetas, Cómicos, Juglares, Alguaciles y Corchetes, Sastres, Barberos y Sacamuelas, y otras muchas figuras que suben, descienden ó se hallan estacionadas en los peldaños de la escala social, se ofrecen en las tenebrosas regiones infernales por el autor moralista en tan punzante sátira, como el cuadro más cabal de las humanas miserias y dolores.

No sería infundado suponer, en nuestro juicio, que el festivo y discreto señor de Juan Abad tal vez hallara la inspiracion de sus *Sueños* en aquella terrible ficcion de la Edad media en que se agrupaba de tal modo, en justa igualdad, ante la guadaña de la Muerte, á cuantos alejados de la virtud, cualquiera que fuera su condicion, se extraviaban en las torcidas sendas del vicio.

V.

Al promediar el siglo XVI (1551) aparece en nuestra nacion una verdadera *Danza de la Muerte*, en forma dramática y con las condiciones necesarias para ser representable que faltaban á la primitiva. Su pensamiento, su desarrollo y su moralidad, son los mismos que se advierten en las obras basadas en este inagotable tema de los ingenios de tres centurias. Su versificacion no deja de ser buena, aunque no de un mérito extraordinario: su artificio es el de una produccion en un todo escénica. Ya el habla castellana conseguia grandes adelantos, y aquel siglo era el de oro de nuestras letras. Considerada es esta *danza* como *Auto sacramental* por el sabio y erudito aleman Wolf; como tal ha sido incluida en la coleccion de este género, dada á luz

por la *Biblioteca de Autores españoles* (1), y reune, en efecto, todas las circunstancias de estas representaciones, en que tan sublime llegó á mostrarse el ingenio de Calderon. Titúlase *Farsa llamada Dança de la Muerte, en que se declara como á todos los mortales, desde el papa hasta el que no tiene capa, la muerte haze en este mísero suelo ser iguales, y á nadie perdona. Contiene mas como qualquier biuiente humano deue amar la razon, teniendo entendimiento della: considerando el prouecho que de su compañía se consigue. Ua dirigida a loor del santísimo Sacramento. Hecha por Juan de Pedraza, tundidor, vezino de Segouia.* El verdadero nombre de su autor era Juan Rodriguez Alonso: así se consigna en otra composicion dramática suya, impresa en el mismo año de 1551 (2).

(1) El Sr. Wolf, tan entendido en nuestras letras, reimprimió é ilustró con notas el año 1852, en Viena, *La Danza de la Muerte* á que nos referimos, cuya edicion original existe en la Biblioteca de Munick. Reprodújose en la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España* (tomo XXII), con las mismas notas debidas á aquel escritor distinguido. Hállase incluida tambien en el tomo LVIII de la *Biblioteca de Autores españoles. Autos sacramentales desde su orígen hasta fines del siglo XVII.* Coleccion escogida, dispuesta y ordenada por D. Eduardo Gonzalez Pedroso (1865).

(2) «Comedia hecha por Juan Rodriguez Alonso, que por otro nombre llamado de Pedraza, vecino de la ciudad de Segovia, en la cual, por intercolacion de diversas personas,

Veamos, pues, de qué manera ofrece el poeta del siglo XVI el lúgubre asunto legado de otros, en el auto religioso destinado á celebrar la festividad del Córpus. Pocos personajes figuran con la Muerte en esta *Danza*: el Papa, el Rey, la Dama, el Pastor, y los alegóricos la Razon, la Ira y el Entendimiento. Precede á la accion una loa ó prólogo, cuyos versos dice el Pastor, anunciando quiénes son los que intervienen en la farsa. El primero, como en el poema de dos siglos antes, es el Vicario de Cristo en la tierra. Complácese con engreimiento en el poder de que se halla revestido, elevado desde la nada á la cátedra pontifical.

¡Oh cuán sublimada que fué mi ventura!

La Muerte viene á interrumpir sus reflexiones: repréndele su soberbia y vanidad por las cosas mundanas, en vez de ser humilde para ejemplo de todos. La víctima se resiste á sufrir la terrible sentencia; se lamenta de su suerte y suplica sea aplazado su fin; pero el despótico esqueleto es inexorable.

---

en metro se declara la historia de Santa Sussana á la letra cual en la persecucion claramente parescen. Hecha á loor de Dios nuestro señor. Año de mil y quinientos cincuenta y uno.»

Muy breve serás ygual con el pobre
En todo este passo que llaman morir.

Más presuntuoso es aún el Rey: no puede expresarse con mayor fatuidad el orgullo humano:

Varon más notable jamás fué nascido.

De nada le sirve haber salido ileso y victorioso en cien batallas: la Muerte no atiende sus razones, y le conduce donde ha de dar estrecha cuenta de los actos de su vida.

La bella dama, envanecida de sus encantos, juzgándose la más perfecta de todas, la que reune más discrecion y atractivos y es por ellos más afamada, se ofrece en seguida en escena. Gózase en sus triunfos amorosos sobre los galanes ilustres que penan por sus miradas. El sombrio y fatal fantasma de la Muerte no se halla en este número: la hermosura le es odiosa, pero cáusanle celos tales amadores que tan alejada la han tenido de la memoria de la vana doncella. La insaciable tirana hace al punto presa suya á la jóven, que no halla razon para que falte la vida á quien tanta gentileza atesora.

El personaje que despues aparece es de muy distinta índole y condicion. Se halla perfectamente en

carácter: es el tipo cómico del pastor de nuestras antiguas *églogas* ó *farsas*. El rústico y asaz malicioso, regala su paladar con sendos tragos de vino, y se recrea devorando con glotonería las provisiones que lleva en el zurron, decidiendo, despues de haberlas consumido, echar un sueño á la plácida sombra, porque le parece bien gozar *lo poco que por acá ha de vivir*. Duérmese, en efecto; pero la Muerte, á quien enoja el discurso del villano, acude á despertarle, y le dice airada:

¡Levanta, zagal! que vengo por tí,
Que así me es mandado del alto Señor.

El Pastor, sorprendido y atemorizado, exclama:

¿Quién es el que llama, que tanto temor
Me ha puesto con voz tan triste, espantosa?

A lo que la Muerte replica:

Hermano, la Muerte, que nunca reposa,
Haziendo al más grande ygual al menor.
Yo hago qu'el Papa, el Rey, el señor
Vengan á ser yguales á tí.

¡Terrible imparcialidad! ¡Triste consuelo del sér humilde! Para la Muerte lo mismo es el orgullo humano que las humanas miserias. Los soberanos de la tierra no tienen privilegio alguno sobre el oscuro pastor.

El villano se resiste á ser llevado por la Muerte; pero ésta califica de necedades las palabras con que, desenfadado y resuelto, pretende no acatar su poder, emanado de la divina Providencia, y llama á la Razon para que le dé á conocer el temor que le deben los mortales. Logra tal propósito esta nueva interlocutora, que en digno lenguaje hace ver al rústico lo perecedero de las cosas mundanas, y le aconseja la enmienda para ganar el Paraíso. Ella misma se da á conocer.

Tu deves saber que soy la Razon,
Á quien los humanos biviendo aborrescen
En casos fortunos que acá les contescen.

La Ira, que llega entónces, completa su pensamiento.

Por mí que procuro dar tal ocasion.

Pero el Entendimiento, que la acompaña, le ad-

vierte que tanto él como la Razon, se pierden por aquélla, la ciega Ira, que corrompe cualquier voluntad; y para que comprenda mejor sus palabras el confuso campesino, añade las siguientes la Razon:

Tú deves, hermano, sin duda, saber
Que aquesta es la Ira, muy grave pecado,
La cual me destierra de todo poblado,
Echándome fuera segun su poder.

(Señala al Entendimiento).

De aqueste que agora su nombre á entender
Procuro de darte, por hazer contento,
El cual introduze por entendimiento,
Que por ser muy flaco se dexa vencer.

Agrádanle al Pastor sus razones, y le promete seguir el recto camino que le indica, prestando oidos al Entendimiento y resistiendo las asechanzas de la Ira. La Razon lleva á adorar la hostia consagrada, libre ya de la Muerte, al creyente humilde, por ser el solemne dia que la Iglesia consagra al gran misterio eucarístico. Así tiene este auto natural desenlace; dándole fin las súplicas y loores que

al Verbo divino dirige en adecuado lenguaje el único que se salva de concurrir á la terrible danza.

Tal vez incurramos en prolijidad excesiva al dar á conocer el argumento de esta composicion dramática; pero sin ella no puede apreciarse la diferencia que existe entre la misma y el poema dialogado del siglo XIV. Basándose en idéntico pensamiento, el auto sacramental de Juan de Pedraza ofrece movimiento escénico, relacion entre sus personajes y en sus episodios, desde que la Muerte se presenta al Pastor, de todo lo cual carece el primero.

VI

Ya en el siglo XVI, el tema constante y terrorífico de la Edad Media habia de presentarse falto de aquella vida que le daban las circunstancias en que se desarrolló, y de ofrecerse degenerado y como pálido reflejo en el interés de su asunto, si bien en toda ocasion fuese un aviso á las vanidades del hombre mundano y recuerdo de una terrible verdad cristiana: la igualdad ante la muerte. La extraña moda de aquellas danzas fúnebres habia pasado ya. Aquella deidad pavorosa habia muerto á su vez en la memoria de las gentes, como personificacion terrible y ejecutora de sus sentencias en forma de esqueleto animado: su fantástico baile tambien tuvo su fin.

Otra obra mucho más extensa y de este mismo género aparece, sin embargo, en el año 1557. Titúlase *Las Córtes de la Muerte, á las cuales vienen*

todos los estados, por via de representacion, dan aviso á los vivientes y doctrina á los oyentes. Llevan gracioso y delicado estilo. Fueron sus autores Miguel de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo; el primero, la comenzó, y el segundo, segun el mismo consigna en la dedicatoria de su libro al rey D. Felipe II, la prosiguió y acabó. Este auto es una *Danza de la Muerte* ampliada en su pensamiento, que solo tiene la forma escénica, considerada como tal produccion dramática, y no es en modo alguno representable por su larga extension. Por estas circunstancias, parece poco fundada la opinion de que pudiera ser el mismo que con título igual iba representando la compañía de Angulo el Malo, mencionada por Cervantes en la parte segunda del *Quijote*. Aunque concuerdan ciertos personajes del auto de Carvajal y de Hurtado con los que se ofrecieron en la carreta á vista del hidalgo manchego, la multitud de los que toman parte en la accion de aquel, hacía imposible que una mala compañía de la legua tuviera recursos para su representacion.

Tampoco puede presumirse, como tambien se ha creido, que el príncipe de nuestros ingenios confundiese *Las Córtes de la Muerte* con *Las Córtes del casto amor*, obra del mismo Hurtado de Toledo, que con la del *Triunfo del amor* se hallan impresas jun-

tamente, porque es la segunda una produccion más bien novelesca y narrativa. De todos modos, pudiera ser un dato para sospechar la existencia de alguna farsa ó auto popular del mismo título y reducida extension, propio para ser representado por comediantes aventureros, si no fué aquel auto y su título pura invencion de Cervantes. Siempre es de interés para el estudio que hacemos, este donoso episodio de su inmortal obra, por describirse en él detalladamente los personajes que concurrian á este género de invenciones y los atavíos con que se caracterizaban.

Difícil seria señalar dónde interrumpió Carvajal su trabajo en la produccion mencionada, para ser proseguido por Hurtado de Toledo. Su estilo, su tono, su versificacion, son los mismos desde su comienzo hasta el fin. Justicia se ha hecho en nuestros dias al mérito de ambos ingenios. Del primero, se halla completo y notable juicio del académico D. Manuel Cañete en el prólogo que precede á la *Tragedia llamada Josefina*, obra del mismo (1). Las del segundo son más numerosas, y aunque no tuvo mejor suerte porque no alcanzó el aprecio que merecia en ante-

(1) Publicada por la *Sociedad de Bibliófilos españoles* (1870).

riores tiempos, hoy se le considera como autor ingeniosísimo (1).

El auto de *Las Córtes de la Muerte* habia llegado á ser de suma rareza hasta que fué incluido en el *Romancero y Cancionero sagrado* de la *Biblioteca de Autores españoles* (2), y digna es en verdad de encontrarse en tan rica coleccion de nuestros clásicos la obra de aquellos dos poetas. No es fácil dar una idea de su argumento, por la índole especial de éste, y sobre todo, por la mucha extension que, como dejamos dicho, tienen sus escenas. Hállase tan notable produccion versificada en fácil y galano estilo; abunda en sentenciosos pensamientos, y como los anteriores poemas castellanos sobre su mismo asunto, es tambien exposicion y censura de las costumbres y los vicios dominantes en un siglo más cercano. Sus personajes son en gran número y variedad, é igualmente de diversas condiciones y edades. Santos, espíritus celestes, personajes del mundo y otras alegóricas figuras.

La Muerte determina *hacer córtes generales* para que los séres vivientes, perseguidos sin cesar por el

(1) Se hallan muy curiosas noticias de este poeta en el excelente *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español*, de D. Cayetano Alberto de la Barrera.
(2) Tomo XXXV (1855).

Dolor y la Vejez, se quejen solo de su pecado y de su inevitable destino. A ellas deben concurrir el Mundo, la Carne y Satanás, estos últimos como *contradictores*. San Jerónimo y San Agustin como *asesores*, acompañados de San Francisco y Santo Domingo, acuden á los estrados de la fúnebre princesa. Despues de hacer oir su voz desde la otra vida en el *introito* un Ermitaño que ha recorrido en la tierra todos los estados y puestos sociales, llegando hasta ceñir la tiara, y excitar al recuerdo y atencion de aquella incansable segadora de la humanidad, van ofreciéndose á presencia de la misma las altas dignidades de la Iglesia, el Pastor, el Caballero, el Rico, el Pobre, la Monja, el Casado, la Viuda, el Juez, el Letrado, el Médico, el Labrador, la Mujer mundana, y á continuacion de tan diversas figuras, los filósofos Heráclito y Demócrito, un Cacique indio, cristianos, moros, judios, gentiles, viejos y mozos. El mismo autor de las últimas escenas de la obra aparece en una de estas. No faltan tampoco alguno que otro personaje mitológico, tales como las Parcas y Caron, y de histórica celebridad como Lutero.

La demanda de los que van llegando ante la Muerte, no es siempre la misma. El primero es el Obispo, á quien esta halla demasiado galan y atildado para su grave carácter: representa á las digni-

dades eclesiásticas. Pide más larga vida, y no ser arrebatado de súbito del goce de ella; pero la Muerte le replica que en su mano no está

Alargar ni acortar vidas,
Sino solo el Soberano
Es el que tarde ó temprano
Las quita ó las da cumplidas.

Invitado San Agustin á que, como asistente á tan solemne acto, haga uso de su divina palabra, el sapientísimo doctor manifiesta al prelado cuáles deben ser las aspiraciones del pastor de las almas en el mundo, y cuál su conducta para dar ejemplo de virtud. Satanás, astuto procurador de los intereses del negro abismo, expone las relajadas costumbres de aquellos varones consagrados á la vida religiosa que faltan á sus deberes. Tercian en el debate la Carne y el Mundo. San Francisco apostrofa á estos enemigos del alma, y el prelado se retira sin ver cumplidos sus deseos; dejando su lugar á los demás personajes que sucesivamente, en forma igual y órden análogo por lo comun, van presentándose á aquellas Córtes extrañas. Esta semejanza en las escenas fatiga un tanto, y hace echar de ménos el movimiento y accion que dan vida á toda composi-

cion dramática, siquiera por sus condiciones sea más á propósito para la lectura que para la representacion.

El Caballero, que sigue al Obispo, procura por los emperadores, los reyes y los que ostentan títulos nobiliarios y profesan el egercicio de las armas, y ruega á la Muerte no les siegue con su segur, dándoles lugar para que enmienden sus vidas. Su peticion es denegada, mas no sin que ántes oiga del sombrío espectro cuáles son los deberes de la caballería cristiana, que ha de tener siempre apercibido el robusto lanzon para combatir los vicios. El Rico, el que funda su gloria toda en el oro, acude en seguida con lujoso traje de seda y brocado. Una de las más elocuentes réplicas de la Muerte, es la que dirige á este poderoso de la tierra. Razon tiene: ¿de qué sirven á estos hijos de la vanidad sus tesoros, si todos han de parar en ella?

En contraposicion, el Pobre, el haraposo mendigo que muere de hambre, llega, no á pedir más vida, sino en busca de la Muerte; pero inmediata, sin espera alguna, porque es su único consuelo, es su felicidad.

En la muy larga escena consagrada á la Monja, que tambien desea que la Muerte la saque en breve de la cárcel donde se juzga prisionera, no faltan al-

gunos consejos sentenciosos, acaso algun epigramático concepto. Fíjase en aquellos cuál es el estado de perfeccion de las esposas de Cristo, y cuáles vírgenes merecen el dictado de prudentes que saben esperar al Esposo.

Hállase en la escena que sigue á la de la religiosa, á pesar de lo solemne de la misma, la satírica y desenfadada agudeza entre las graves y prudentes amonestaciones. En ella, el Casado. representante de los que son malos y buenos, solicita la muerte para todos, y con toda urgencia, en calidad de desesperados. ¡Extraño infortunio, por cierto, el que hasta llega á conmover á la insensible Hija de la noche! Sigue al Casado la Viuda, cuyas negras tocas ocultan á veces el rostro hipócrita, y cuya gazmoñería es frecuente ocasion de la maledicencia. Van sucediéndose luego el Juez que presume de probo y ejemplar administrador de la ley, y que no logra ser creido; el Letrado, doctor y jurista, provisto de textos para probar que no es justo se acorte su vivir, y áun con más severidad y prevencion recibido; el Médico, no con mas blandura apostrofado de homicida, embaucador de las gentes y asolador de monarquías; el Labrador á quien se le conoce codicia para la ganancia y decidida prediliccion al ocio, á pesar de sus falsas muestras de fatiga

y rendimiento. Este feo vicio, ocasion de todos los demas, es reprendido enérgicamente.

¡Pestífera ociosidad!
¿Qué no enlazas y destruyes?
Raíz de toda maldad,
Enemiga de bondad
Que en el infierno concluyes.

Nada edificante es el episodio que ahora se sucede. La extravagante mezcla de elevacion y de bajo tono á la vez, que ya hemos observado se advierte en otros, aquí sube de punto. La representante de las livianas hijas del vicio, la mujer de mundo educada por una repugnante *Celestina*, se halla retratada con excesiva desenvoltura. La despreciable mozuela pretende de la Muerte no la sorprenda en su juventud, y aplace llamarla á sí hasta la edad de su vejez, para la que difiere su arrepentimiento.

En estos bruscos cambios de personajes, tócales presentarse á los célebres filósofos Heráclito y Demócrito, el del llanto y el de la risa: el primero pide más vida para hartarse de gemir y de verter incesantes lágrimas. Notables son los pensamientos, así como la fluidez, la facilidad de la siempre entonada versificacion que engalana todo su extenso y lasti-

mero discurso. En prueba de ello, véanse las siguientes quintillas:

¿Dónde irá este desdichado
Heráclito que no pene,
Cuando viere condenado
Al justo, y al reprobado
Que no haya quien le condene?
¿Quién podrá tomar consuelo
Viéndose en tan gran abismo;
Ver que nadie tenga celo
A la palabra del cielo,
Que es conocerse á sí mismo?
¿Qué es de aquella religion?
¿Qué es de aquel tiempo pasado?
¿Qué es de aquella perficion?
¿Qué es de aquel sancto Caton
Coluna de aquel Senado?
Dí, tiempo lleno de vicio,
Siglo nefando, corruto,
¿Cómo sacaste de quicio
La pobreza de Fabricio,
La severidad de Bruto?

En contraposicion de las declamaciones de Heráclito sobre la corrupcion y los males que afligian al

mundo, está Demócrito, cuyo oficio es sólo reir; y su ruego á la Muerte es le conceda tiempo sin límites para seguir holgándose y no perder la alegría. ¡Cuán parecidos contrastes ofrece la humanidad en sus diversos caracteres!

Deseando ocasion el poeta de enumerar prolijamente los abusos y desafueros ejercidos sobre los indios por sus conquistadores, la halla ofreciendo al Cacique, acompañado de su gente convertida al cristianismo,.y que, á ser víctimas de tantas vejaciones y opresion, prefieren su fin. Que prolongue su vida suplican despues los judíos á la Muerte, al ménos, y no es exigencia inmoderada, hasta la venida del Mesías que esperan: próroga para la suya quieren tambien las gentes africanas. No pretende igual beneficio, sino que lo exige, el Fidalgo portugués, fanfarron y presuntuoso, que provoca á un duelo á la misma Muerte. Este es un personaje que puede llamarse cómico; y el hallarse en este lugar, es sin duda para aminorar la monotonía que resulta de una accion tan poco variada en sus incidentes.

La Vejez y la Juventud acuden, por último, pidiendo á la despótica soberana de los mortales, la una vida para ejercer su consejo y experiencia, y la otra para trabajar útilmente con su vigor y lozanía.

Desesperado el espíritu de las tinieblas al verse vencido por la Muerte, renueva su cólera y horrenda furia para vengar su derrota conquistando al mundo. A continuacion de otra escena no muy larga relativamente, ni necesaria ya al desenlace, y en la que figura Caron y se ve á Lutero á merced del despecho de Satanás, termina el auto.

Interrúmpese dos veces la cansada igualdad de sus escenas con algun episodio, que no logra excitar gran interés dramático y animar un tanto la accion, por no hallarse relacionado con el asunto principal de la obra. Tal es el de los dos frailes mendicantes sorprendidos por los bandidos en un camino al dirigirse á *Las Córtes de la Muerte*: despojados de sus hábitos, y ánte su mansedumbre y las señales que advierten en ellos de su penitencia, se arrepienten los desalmados de su vidá criminal, y piden su bendicion á los que iban á ser sus víctimas. La única relacion que pudiera hallarse entre esta escena y la accion, por estar colocada entre la presentacion á la Muerte del Rico y el Pobre, se encuentra en el propósito de probar que el oro adquirido por medios criminales aleja del alma la paz y el contento que da la pobreza no codiciosa que vence la tentacion y no siente el remordimiento. La otra escena episódica á que nos referimos, y que desdi-

ce más del auto, es la de Durandarte y Pié de Hierro, rufianes, con Beatriz, mozuela descocada. Varía un tanto la forma que conservan las restantes, además de las nombradas, el diálogo de Satanás, el *procurador* de los abismos infernales, con sus consocios la Carne y el Mundo.

La Muerte es siempre sentenciosa en su lenguaje: conserva sin decaer su entonacion levantada. Reconviene al hombre por el terror con que la mira, siendo tan sólo cumplidora de una ley eterna. Todos, dice á los hombres, han de morir por el pecado; la tierra no es su permanente morada; aconséjales que en la peregrinacion de la vida procuren hacer cuenta con su alma, sin dormirse en el camino, y que dejen una existencia miserable por otra tierra de promision firme y segura.

Miren que fueron criados
Para cosas más subidas.

La Muerte no es en este auto la fria ejecutora de sus sentencias, que es sorda á todo ruego, y solo atiende á descargar el golpe feroz que extingue la existencia del viviente. Antes bien, se ofrece á ellos con la santa mision de abrirles las puertas de otro mundo mejor. Así les dice:

¿No es gran dicha y gran ventura
Y bienes nunca pensados,
Sacaros de niebla escura
Y llevaros al altura
Para do fuistes criados?

Asímismo apercibe al mortal: su asechanza no es alevosa.

Y el alma en cuerpo venida,
Mire como trata y vive;
Contino está apercibida,
Que en el libro de la vida
Todo se asienta y escribe,
Y tengan por cosa cierta
Que sin saber cómo y cuándo,
Los llamaré muy despierta;
Porque al viejo estó á la puerta,
Y al mozo voy acechando.

Aconseja que se considere y mida el valor del cuerpo miserable condenado á la tierra, y

Ver que los que por locura
De soberbia y presuncion
No caben en gran anchura,

Yo en la chica sepoltura
Mido bien cuán chicos son.

Solo añadiremos otros fáciles versos dichos por la Muerte:

Gozareis del alegria
Que virtud de su natura
Pone al que en ella confia,
Viendo que en el alma cria
Posesion firme y segura.
Porque en esta vida llena
De miseria y afliccion,
De gozo y descanso agena,
Nunca fué vicio sin pena,
Ni virtud sin galardon.

Tal es el carácter sostenido de la protagonista de esta original produccion. Hemos sido parcos en trasladar aquí algunos de sus bellos pasajes, de aquellos más sobresalientes por los pensamientos que acertó el poeta á expresar con armóniosa galanura, temerosos de traspasar los límites que nos imponemos, dado el objeto de nuestro trabajo.

Las Córtes de la Muerte desarrollan un pensamiento moral y cristiano, de una manera ingeniosa

y cumplida. Bajo este aspecto y el filosófico, es además un cuadro de las miserias humanas, las que en toda condicion y estado y en todo tiempo existen, pero que varian segun las costumbres que en este predominan; bajo cuyo aspecto es indudable que puede apreciarse á la vez como objeto de estudio.

Despues de considerar en conjunto la obra de Carvajal y de Hurtado, algo degenerada, más que en su idea en el modo de presentarla, de la primitiva *Danza de la Muerte*, y descendiendo á algunos detalles, puede observarse que en repetidas ocasiones es una punzante sátira contra los que se hallan en diferentes esferas sociales y ejercen malamente sus cargos y oficios. A veces algunos de sus chistes, que tambien los tiene, son un tanto pronunciados; observacion que ya hicimos en determinadas escenas. Tiénelos á su cargo el obligado gracioso, papel que, en el auto á que nos referimos, desempeñan el Mundo, la Carne y el mismo Satanás. No sería ciertamente exigencia inoportuna tachar de extravagancias contrarias al buen gusto, los mismos sentenciosos conceptos que, hasta en los labios de los piadosos varones que ostentan la doble corona de la santidad y la sabiduría, suelen desdecir á veces de la digna elevacion que es propia y que tan

bien se sostiene por lo general en toda la obra que examinamos.

Esta no es, pues, una verdadera *Danza de la Muerte*, tal como se consideraban estos poemas líricos ó dramáticos en sus tiempos primitivos. Tampoco llega á ser una produccion de este último género; y el nombre que mejor le cuadra es el de auto, si bien por su extremada extension le faltan las condiciones precisas para ser interpretado por actores en las solemnes festividades en que se daban al público tan piadosas invenciones del ingenio.

VII.

En el mismo año precisamente que salió de las prensas el auto de las *Córtes de la Muerte,* dábase á luz tambien la muy rara obra, de la índole especial de las que tratamos, cuyo título es: *Imagines de la muerte traduzidas en metro castellano con una breue declaracio sobre cada vna. Vn sermon vtilissimo y de mucha doctrina para saberse exercitar en la memoria de la muerte. Con otros tractados vtilissimos, cuyo títu o verá el lector*, etc. Fué su autor un clérigo, natural de Ubeda, llamado Hernando de Villareal, y ofrece la notable circunstancia de ser la única obra que, á semejanza de las que en el extranjero se han publicado sobre la Muerte, va acompañada de gran número de láminas pequeñas grabadas en madera, alusivas al asunto (1).

---

(1) Tomamos esta interesante noticia del *Catálogo de la*

Sábese, pues, que tambien en España el dibujante y el grabador interpretaron el célebre mito de la Edad Media; que existe una obra del arte y de la poesía en nuestro país, exclusivamente consagrada á la que fué la diosa de este período histórico del mundo. No se ignoraba, puesto que lo han consignado entendidos investigadores de nuestras antigüedades literarias y artísticas, que en el adorno de las letras capitales de algunos impresos del siglo XVII, como el libro de Sandoval *Historia ó Crónica de los cinco Obispos*, publicado en el año 1615, y en los ascéticos y devocionarios de las Bibliotecas de Toledo, Sevilla, el Escorial y Madrid, se ven reproducidas aquellas imágenes de la *Danza de la Muerte*, siendo aplicadas de distinta manera hasta la última época expresada (1).

Biblioteca de Salvá, antes citado. Su autor la amplía con las siguientes observaciones:

«Es obra de bastante mérito literario. Las láminas, de orígen germánico, y otras circunstancias de la impresion, me hacen sospechar si será ésta alemana, á pesar de sonar como de Alcalá.»

El no ser fácil en breve tiempo proporcionarnos la ocasion de conocer este libro, del que acaso no exista, que se sepa, otro ejemplar que el citado por Salvá, nos priva de dar una noticia más detallada del mismo.

(1) Así lo consignan el señor marqués de Pidal en su ya mencionado *Fragmento inédito de un poema castellano antiguo*, y el Sr. Amador de los Rios en su *Historia crítica de la literatura española*.

Es evidente la uniformidad de pensamiento que ha presidido, tanto en las artes como en las letras, en la manifestacion del asunto que es objeto de nuestro estudio. Para formar una idea más exacta de lo cierto de esta observacion, habremos de indicar, siquiera de pasada, cómo acertó á expresarlo la pintura. Para este fin, ningunos otros trabajos como los del célebre Holbein, porque este resumió bajo su lápiz los de sus predecesores, ménos afortunados que él para darles perfeccion en la forma y expresion filosófica á la vez. Sus dibujos originales y no pinturas, como se ha creido, han sufrido lamentable pérdida, que ciertamente lo es para el arte.

El pintor aleman ofrece primero, como natural principio de su obra, el nacimiento de la Muerte donde lo obtuvo en efecto: en el Paraíso terrenal. Su cuna es el árbol cuya vedada fruta gustaron los padres de la humanidad: aquel instante fué el de su advenimiento al mundo. Precede á los culpables cuando abandonan el eden, y aparece á su lado sombría cuando labran los campos con el sudor de su rostro.

Antes de comenzar su danza, celebra la Muerte su triunfo. ¡Qué horripilante es esta fiesta! Animados esqueletos ejecutan la sinfonía que precede al

drama en que aquella va á ser protagonista, tocando instrumentos de varia especie. Huesos humanos hacen resonar el parche del tambor. El espectáculo no puede ser más fantástico y pavoroso. El artista observa el órden jerárquico establecido, para que hasta en el mismo instante de la muerte no desaparezcan las diferencias sociales que reconoce el mundo. En todos los fúnebres bailes, se han ofrecido con rigor estas precedencias. Tambien fija el lugar donde la Muerte se encuentra con sus víctimas, lo cual no fué hecho por los que ántes de él trataron este asunto. La Muerte, como en el poema castellano del siglo XIV, llamaba á sus elegidos á un paraje indeterminado. Holbein, lo mismo que en su farsa el tundidor de Segovia, hace que la infausta deidad busque y sorprenda á los que conduce á su danza donde habitan y se entregan descuidados á sus quehaceres. El sucesor de San Pedro es tambien el preferido en su obra exterminadora. Llámale de súbito en el acto más solemne de su vida: cuando ciñe la corona del Imperio de Alemania al llamado á este altísimo puesto. Rodea al Padre Santo una corte espléndida, pero tras de la silla pontifical, entre las cortinas de púrpura y oro, se ve la huesosa mano del espectro tocar el hombro de aquel que sobre sí no tiene quien le avasalle en la tierra. Despues le

toca su vez al Emperador: subiéndose en su espalda con horrible y grotesca ironía, cuando tambien se asienta en su trono, la Muerte le arranca la corona de sus sienes. El César poderoso no es más que un cadáver.

El Rey goza los placeres de un espléndido festin, que abrevia la Muerte escanciando en su copa el funesto licor que le produce el sueño eterno. Acompañando despues á la viuda cuando va á orar sobre el sepulcro del esposo finado, con el disfraz de dueña, hace que la desconsolada tropiece y caiga en la fosa abierta ante sus piés.

Holbein sigue la misma escala descendente por la que hemos visto pasar á todos los que iban siendo convocados á la danza última. El Cardenal, el Obispo, el Abad á quien la Muerte usurpa su mitra, y arrastra, bien á su despecho y á pesar de su obesidad, con satírica y burlesca expresion de fatiga; la Abadesa, el Gentil-hombre, el Predicador sorprendido en el púlpito cuando conmueve á su auditorio; el Sacerdote, que conduce el Viático al enfermo que está en la agonía, pero que ve la suya ántes, porque la misma Muerte és su acompañante, la que le alumbra con su linterna y toca la campanilla que anuncia su paso; el Limosnero del convento, á quien detiene por la punta de su capucha

el Médico, con quien parece tener familiar y frecuente trato; el Astrólogo, á quien sorprende en medio de sus observaciones nocturnas, y el Avaro, á quien, remedando en sus miradas recelosas y gesto inquieto, desordena y esparce por donde quiera el oro y las joyas que amontonó su codicia en su sombrío escondite.

La Muerte busca tambien en la inmensidad de los mares á los que quiere concurran á su danza. Pasajera de un buque bien construido, arranca de súbito su palo mayor de raíz, y destrozando su aparejo, lo hace zozobrar y sumergirse en las aguas, llevando consigo á cuantos conduce. Allí apedrea luego con el propio escudo de sus armas, lleno de heráldicos emblemas, al fatuo hidalguillo á quien cubre el yelmo de exageradas plumas, y arrastra su espadon arrogante y desdeñoso; allá penetra en el misterioso camarin de la hermosa cortesana, que procura aumentar, recreándose en su imágen al espejo, sus gracias y atractivos, y da el último toque á su obra artística, rodeando á su cuello una joya bien diferente de las que la adornan: un collar de huesos humanos. Allá acompaña, al son del tamboril, á los novios que tornan de la iglesia y van á celebrar sus bodas, pero que hallan su fin, en desgraciado incidente, ántes de llegar al lecho nupcial; compasiva aquí, llega á un

mísero que lleva agobiado sobre sus espaldas un enorme peso en medio de un camino, y hasta con agrado le ayuda á compartir su carga, la última que ha de causar su cansancio. Tambien es piadosa con los que no la ven con ceño si da descanso á sus penalidades y consuelo á su pobreza y afliccion. Trocada en mozo de labranza, guía la yunta de un labrador anciano, á quien ya ocasiona inmensa fatiga su rudo trabajo: parécele oir débilmente en sus labios aquellos tan conocidos versos del Comendador Escriva (1):

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me torne á dar la vida.

Y la Muerte no tarda en satisfacer su anhelo, llevándole tambien á dar vueltas en la rueda fatal de su baile. Pero si misericordiosa es con unos, con otros llega á ser de una espantable ferocidad. Emboscada en la espesura, sorprende á su paso por la senda un carro cargado de toneles de vino; echa por tierra á aquel y al ganado que lo arrastra, ahuyen-

(1) Cancionero de Valencia, 1511.

tando á su conductor; y no satisfecha con esto, bebe ansiosa el licor que contiene uno de los barriles, y manifiesta haber llegado á la embriaguez. ¡La Muerte embriagada! ¡Tambien es digna imágen del original y fantástico pincel de nuestro Goya!

No queremos ser importunos, y vamos á terminar esta rápida reseña de los célebres cartones de Holbein. Nos quedan tan sólo el militar y el niño, es decir, el sér más fuerte y el de mayor debilidad. El primero se niega á seguir á la muerte, y se defiende con audacia esgrimiendo su larga tizona; aquella acepta el duelo, y con un hueso humano derriba en tierra al temerario espadachin. El segundo... ¡inocente! ¿qué resistencia puede oponer al despiadado fantasma? Abandona llorando á su pobre madre, que no encuentra consuelo á su amarguísima pena.

Así fué intérprete la pintura de la terrible ficcion que inspiró tantas obras de vario género. Cien y cien episodios más pudieran recordarse que sugirió á otros pintores el mismo asunto, mezclando á veces el intento piadoso con el capricho extravagante y hasta irrespetuoso quizá para un severo espíritu cristiano. En los trazados por Holbein, la Muerte adquiere mayor viveza: á los toques de su lapiz animó su calva frente, el hueco de sus ojos, su boca descarnada con las diversas expresiones del semblante

humano; haciéndola cambiar de edad, de sexo, de condicion, y dándole las galas ó los harapos, conforme con el personaje que queria representar. Tan fascinador colorido, tan impresionable carácter, dado por el genio del artista, es superior sin duda á los que pueden ofrecerse en la produccion del poeta; y sólo en la obra representada, el acento, el gesto y la inteligencia del actor pueden producir igual ó acaso mayor efecto.

No ha dejado de tratarse en nuestro siglo un asunto tan magistralmente desempeñado por Holbein. Un reputado pintor y excelente dibujante, Alfredo Rethel, ha ofrecido á la admiracion de los amantes del arte, dos grabados que son dos perfectos episodios de la *Danza de la Muerte.* El uno, el que más impresiona al ánimo, es el que representa la asistencia de la Muerte, *la Muerte vengadora*, título que se le ha dado, á un bullicioso baile de máscaras, al aparecer la primera invasion del cólera en Paris el año 1831. La sombría concurrente á la fiesta es la única que danza, simulando tocar las cuerdas de un violin con dos huesos descarnados. Su expresion es de horrible complacencia. Aquellos á quienes anima la alegría y loca expansion á que la juventud se entrega bajo el disfraz que incita al placer, han sido llamados á otra danza fúnebre, y

yacen tendidos á los piés del impasible esqueleto: los músicos y algunos pocos huyen despavoridos. De esta escena aterradora se olvidaron, sin duda, los antiguos intérpretes de los triunfos de la deidad inexorable. El otro cuadro de Rethel, es la contraposicion del primero: llamóselc *La Muerte bienhechora.* Un anciano venerable reposa tranquilamente en su aposento ordenado y silencioso, al lado de su ventana abierta por donde se descubre un ameno paisaje al declinar el astro del dia. Con sus últimos resplandores se acabarán los de su existencia, porque la Muerte, en traje de peregrino, ha penetrado en su vivienda y le llama al viaje de la eternidad. Ambos episodios son dignos del lápiz de Klauber y Holbein, así como otros suyos que hemos de recordar muy en breve.

Los asuntos poéticos y conmovedores que van acompañados de una moralidad profunda ó una sábia filosofía, podrán ser, por su índole, del gusto general solo en una época dada; pero siempre habrá de admirarlos el hombre no vulgar y de sentimiento, en justo tributo al genio que los ha concebido.

VIII.

El poeta español de los siglos XVI XVII siguió introduciendo, en las obras dramáticas de cierto género, á la Muerte, si no como la que reclamaba la concurrencia de los vivientes á la danza de los siglos anteriores, cual recuerdo de su pequeñez y miseria al soberbio y envanecido, y de su fin inevitable al apegado á los mundanos placeres.

¿Cómo no traer á la memoria aquella Muerte ofrecida por Calderon, el príncipe de nuestra escena, en aquel de sus autos llamado *El Pleito matrimonial*, como una de sus principales figuras?

El Pecado hace oir á la Muerte en este drama simbólico, el bellísimo diálogo que entablan el Alma y el Cuerpo; la primera al descender tan pura, tan perfecta como hermosa, de las *purpúreas esferas*, y el segundo, áun no animado sobre la tierra, su primer cuna, y la misma

Que ha de ser su sepultura
Donde el nacer y el morir
Son dos acciones tan una,
Que no son más que pasar
Desde una tumba á otra tumba.

Y despues, cuando aquella repulsiva personificacion de los culpables pensamientos y obras del hombre quiere arrastrar tras sí al Alma, uno y otra, el Cuerpo y la misma Muerte, se expresan de esta manera:

PECADO. Contigo he de ir.
ALMA. ¿Esto es nacer ó morir?
PECADO. ¿Qué más morir que nacer?
CUERPO. No sé que vigor, que brío
Siento en mí, que me parece
Que el deseo de ser crece.
¿A dónde voy?
MUERTE. A ser mio.
CUERPO. ¡Ay de mí!
MUERTE. Ven: yo te guío.
CUERPO. ¿Quién eres?
MUERTE. ¿Quién he de ser?
La Muerte que has de tener.
CUERPO. Sentir ántes de sentir:

¿Esto es nacer ó morir?

MUERTE. Qué más morir que nacer.

Únense entónces el Alma y el Cuerpo; la Vida acude á colocarse entre ambos, encendiendo su antorcha, y así han de cruzar la tierra, llevando en pos de sí los sombríos fantasmas del Pecado y la Muerte.

Bien á pesar nuestro hemos de renunciar, por la extension que van tomando estos apuntes, á ofrecer el aterrador personaje que hemos visto animar la piedra y el lienzo é inspirar el poema filosófico, tal como en tiempos más cercanos lo llevó al escenario público, usando asimismo la alegoría y el símbolo, el ingenio del período más glorioso de nuestra dramática. Ninguno imprimió á la representacion teológica, que así puede llamarse al auto sacramental, tan sublime carácter, ni la mostró con tan fantástica belleza, profundidad y sabiduría, que el autor de *La vida es sueño*; ni ofreció á la Muerte con mayor frecuencia interviniendo en sus cristianas ficciones.

Hallámosla en varias obras de este género: terrible y amenazadora en *La cena de Baltasar*; discurriendo otra vez con el Pecado, de quien es hija, en *La segunda esposa*; en *El veneno y la triaca*,

como juez y horror de todos los mortales; en *Lo que va del hombre á Dios*, dialogando con el Placer, la Culpa y el Pesar; recordando en *No hay más fortuna que Dios*, que son humo, polvo y nada todas las grandezas y vanidades del sér humano, con la deforme apariencia del esqueleto de la que fué gentil hermosura, al que van á dar desde el báculo al baston, desde el cetro á la azada; y hasta en la ficcion ligera y festiva de tan distinta clase, la *Mojiganga* que lleva su nombre, el de *La Muerte*, esgrimiendo su destructura segur. Pudieran citarse otros varios autores en donde es interlocutora tan siniestra imágen, caracterizada de distinto modo; bien el titulado *La amistad y el peligro*, del maestro Valdivieso, como agente de la humana justicia en demanda del culpable; bien en la *Farsa del triunfo del Sacramento*, en concurrencia con otras alegóricas figuras.

Nuestra antigua poesía lírica ofrece un gran número de sentidas composiciones, de elegíacas endechas en que es cantada la Muerte; pero no como la protagonista del extraño drama tan del gusto de otros tiempos y otras gentes, sino como el fantasma invisible y aterrador que amarga siempre el término de la frágil vida humana. El fin del poeta en tales obras, no es otro que reflexionar sobre lo vano y

perecedero de las cosas mundanas, sobre las angustias que el espíritu sufre al abandonar el cuerpo y demandar al Eterno Juez con efusion fervorosa su infinita piedad en trance tan terrible. Varios poetas del siglo XVI concurrieron á considerar la muerte bajo este punto de vista; y de sus melancólicas reflexiones y plegarias á la divinidad, se formó un Romancero que lleva por título *Avisos para la muerte* (1).

Asunto de sumo interes sería el estudio detenido y extenso de la singular ficcion de la Edad Media, comparado desde su origen, apreciado en su desarrollo en las literaturas provenzal, francesa, inglesa, alemana y española. Tan eruditas investigaciones no dejarian de ser provechosas para el estudio de las letras. En otros países se han dado á luz diferentes obras sobre esta materia (2). No así en el nues-

---

(1) Varias ediciones se han hecho de esta obra, en la que tomaron parte no pocos de los más insignes ingenios del siglo XVI. Algunos del siguiente aumentaron esta coleccion con sus piadosas composiciones.

(2) Hé aquí algunas de las que da cuenta el Sr. Amador de los Rios en una curiosa nota, al tratar del poema castellano del siglo XIV, en su *Historia critica de la literatura española: Todten Danz*, de Mateo Mesía, Francfort, 1696. Basilea, 1756-1769-17[illegible].—*Imagines mortis de Holbein*, 1567. —*Danse des morts*, de Nicolás Manuel, pintada en Berna, 1515 á 1520.—*Triompho ae la Mort*, grabada sobre la original de Holbein, por Cristino Mahel (Basilea); esta misma

tro, donde no sabemos se haya escrito alguno con este fin exclusivo.

Por nuestra parte, nos hemos limitado á hacer algunas indicaciones que pueden ser útiles para este objeto. Digno asunto es, en nuestro juicio, de

---

obra es reproduccion de los mismos diseños, grabada en piedra por José Schothanez, explicada y precedida de un ensayo sobre los poemas y sobre las imágenes de las *Danzas de la Muerte*, por Hipólito Fortoul (Paris, 1842).—*La Danse Macabre*, historia fantástica del siglo XV por P. L. Jacob (Paris, 1832).—*The Dance of death*, con grabados, por Francisco Douce (Esq. Lóndres, 1833).—*Ensayo sobre la danza de los muertos* (*Danses des Morts*) por Mr. H. Langlois (Ruen, 1852).—*Etudes sur les poemes et sur les images de la Danse des Morts*, Hipólito Fortoul (Paris, 1854), y *L'Alphabet de la Mort*, coleccion abundantísima de aforismos sobre la muerte, sacados de los más célebres escritos de la Edad Media y enriquecidos con orlas y viñetas de los más preciados códices, por A. Montaiglen (Paris, 1856).

Tambien Ticknor cita otros estudios hechos sobre este asunto, entre ellos, una obra de H. P. Massman, titulada *Literatura de la Danza de la muerte* (Leipzig, 1840), y una coleccion de estampas publicada en Lubck en 1785, en folio, copiadas de las pinturas hechas en 1463, que se conserva en aquella ciudad, y que haria, dice, excelente compañía al poema castellano.

Han sido igualmente comentadores del mismo asunto, entre otros, Gabriel Peignot (Dijon, 1826, un tomo), Jorge Kastner (Paris, 1852) y Andrés Portier, en dos tomos con grabados.

En cuanto á los mismos poemas extranjeros escritos sobre el tema de la *Danza de la muerte ó Macabra*, difícil sería hacer una completa enumeracion. Once ediciones cita Brunet de algunos. La fecha de la primera es del año 1485, y se titula *Miroir salutaire pour tous gens et tout etat*.

la crítica filosófica que puede emanar de una pluma docta y competente. Digna es á un tiempo de atencion y estudio, aquella sociedad, cuyas costumbres y vicios tan bien pueden apreciarse en este género de obras, que se complacía en el espectáculo continuado que la Muerte le ofrecia con su fealdad horrible, ya grave y despiadada, ya risueña y sarcástica hasta cubrirse con el gorro de cascabeles del bufon, entregándose al baile singular *en que entran todos los estados de gentes*. ¿La acogieron tal vez con aplauso los que pertenecian al más humilde, porque así veian lo que en la práctica de la vida no les era dado apreciar, sometidos al despotismo feudal, que el soberano, el magnate, el hidalgo, el opulento, no alcanzaban la menor preferencia sobre el siervo ó el villano en el instante solemne en que se cumple por completo la ley divina de la igualdad humana? Si era así, no puede juzgarse interesado propósito, nacido y alimentado para explotar la credulidad ó el fanatismo del vulgo en el retiro de los monasterios, como no falta quien suponga; porque, además de que las clases monásticas y todas las de la Iglesia eran objeto de las más punzantes sátiras ó tremendas censuras de la Muerte, las predicaciones de las Ordenes religiosas concurrian á halagar aquella misma idea, desprovista de todo espíritu de

odio ó de envidia; idea que es un principio equitativo, un dogma cristiano: la fraternidad verdadera de los hombres.

Háse creido tambien, por el contrario, que estas en cierto modo caricaturas de la Muerte, fueron empleadas como arma para combatir los abusos de los poderes eclesiástico y civil, y que habian llegado á ser una satírica manifestacion de los partidarios de la Reforma en contra de las dignidades de la Iglesia dominante. Si, en efecto, se aprovecharon los cismáticos de una idea tan generalizada, para dar un carácter ofensivo á la irónica expresion de la Muerte, debió ser cuando aquella dominaba hacía largo tiempo, y falseando su primitiva tendencia, que era sin duda alguna advertir á todas las clases sociales, lo mismo al consagrado al estudio religioso que al hombre de todos los rangos civiles, como á la belleza, á la ancianidad y á la juventud, la completa nivelacion que de todos hacía la deidad implacable.

Olvidados están aquellos siglos en que se poetizaba hasta de la misma Muerte. ¿Pudieran reproducirse en los tiempos modernos, tan escépticos y buscadores de refinados goces y de bienestar exquisito, aquellos terribles cantos ó imágenes pavorosas que atraian la atencion, fascinaban la vista y preocupaban sin cesar el ánimo de varias generaciones?

IX.

No ha faltado quien en el positivista siglo actual haya intentado un remedo de aquella *Danza de la Muerte*, ofreciendo hábilmente dibujados, varios tipos de la sociedad moderna. Es el título de la obra á que nos referimos, *Viaje para la eternidad*. M. Grandville, su autor (1), al concebir semejante idea, y al realizarla con la perfeccion que imprimia á sus trabajos, olvidóse en verdad de que vivia en una época en que solo era posible fueran apreciados sus originales episodios como agradables y caprichosas caricaturas.

Con mayor profundidad de pensamiento y con un fin altamente filosófico, social y político, tambien en el siglo XIX ha aparecido una nueva obra del dibujo y la poesía, del mismo género y del mismo terrible

(1) M. Grandville, célebre dibujante frances, falleció en el año 1847.

carácter que las antiguas sobre el célebre baile. Titúlase *La Danza de la muerte en* 1848 (1). Sus autores son, el poeta M. Reinick y el ya mencionado artista Alfredo Rethel, ambos alemanes. Los personajes de esta danza, tan acordes en su expresion artística y literaria, no son los vulgares de Grandville; y aunque no puedan impresionar sino momentáneamente los frívolos espíritus de nuestra época, ni hayan aspirado á la popularidad de los antiguos poemas de esta clase, ofrecen tambien un vivo interes á los que hacen en nuestro siglo la peregrinacion de la vida. Si en él fuese posible una *Danza de la Muerte*, con el mismo prestigio y aceptacion, con su aterradora originalidad y amarga ironía que los de la Edad media, sin duda que lo sería esta, porque solo para él está escrita y delineada.

Nos hemos de permitir, antes de dar por terminados estos apuntes, dar á conocer la moderna produccion del genio aleman. Un breve prólogo la precede.

«Moradores de los pueblos y los campos, hé aquí una imágen no velada, una imágen de un triste tiempo. Más de un hombre se presenta á vosotros como un nuevo salvador: os habla del poder, de la pros-

---

(1) *Auch ein Todtentanz an dem Jahre*, 1848.

peridad que prepara al pueblo; vosotros lo creeis, porque su lenguaje os agrada; pero oid quién es ese hombre.»

«¡Adios los tiempos antiguos!» exclama el poeta al comenzar su canto. Para este no es en verdad necesario el recuerdo de aquellos. El pueblo agitado se agrupa y prorumpe en gritos de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*. Un segador sale de entre las mieses y del seno de la tierra que se entreabre. Algunas mujeres le rodean; la una es la Astucia, que ha robado su espada y su balanza á la Justicia, á quien se ve entre cadenas, y se las presenta al recienvenido; la Vanidad, que le da su sombrero, es la otra. La Locura tiene de la brida su caballo: la Sed de sangre le trae la guadaña con que ha de comenzar la siega.—«¡Ahora, camaradas, atencion! Hé aquí el que sabrá haceros libres é iguales!» Tal es el primer episodio del poema.

«La dulce claridad de la mañana se exparce sobre la ciudad y los campos. El amigo del pueblo, el segador, los atraviesa en su fogoso corcel. Sabe la riquísima siega que ha de alcanzar. La pluma de gallo flotando sobre su sombrero, reluce al sol, rojo como la sangre; su guadaña brilla con el resplandor de las tempestades; su caballo gime; los cuervos chillan.»

La poesía va describiendo fielmente los grabados del artista, asi como el artista interpreta de un modo admirable el pensamiento del poeta. En el tercer cuadro la accion pasa á la entrada de una ciudad y á la puerta de una posada ú hostería, donde sus huéspedes, que beben el agua de la vida, disputan, cantan y juegan. «El segador avanza hácia ellos con astuta mirada, y exclama: «¡A la prosperidad de la República! ¿Qué pesa una corona? Lo mismo que el canuto de una pipa. Os lo quiero probar, atended.» Coloca la corona y la pipa en la balanza, y toma esta por el fiel. Los espectadores hechizados exclaman: «Hé aquí el hombre que nos conviene, el hombre que nos debe guiar y á quien seguiremos. Pero tú, pobre mujer ciega, ¿por qué te retiras? ¡Verás tú más que aquellos que están allí con los ojos abiertos!»

La escena cambia, y tiene lugar el acto cuarto de este drama del siglo XIX.

«¡Libertad, igualdad, fraternidad!» Este grito retumba y se difunde por la ciudad toda.—«¡Á las Casas Consistoriales!... Escuchad: silban por el aire las piedras.—¡Viva la República!—El fuego estalla: en marcha, adelante; ya está allí el héroe de la revolucion. Oidle hablar. Tiene en sus manos la espada arrebatada á la Justicia, y la presenta al pueblo,

diciéndole:—Pueblo, hé aquí tu cuchilla. ¿Á quién pertenece juzgar sino á tí? Dios se manifiesta por tí, por tí solo.» Á estas palabras millares de voces responden: «¡Sangre! ¡Sangre!»

Nos vamos acercando al desenlace de esta accion, tan rápida como llena de vida. Múdase la decoracion.

«¡Á las barricadas! ¡Seguid desempedrando las calles!» La construccion se ha terminado, y en su cima aparece, con el sangriento estandarte en la diestra, aquel á quien la revolucion ha escogido por caudillo. Silban las balas; las víctimas caen. Pero éste rie y dice á los que le rodean: «Hoy cumpliré mi promesa de haceros iguales á mí.» Levanta su jubon, y los que le miran sienten que el espanto se apodera de sus corazones. La sangre corre tan roja como su bandera. El que los ha conducido al combate, el segador, es la Muerte!»

Sólo resta el último cuadro.—«El que los ha conducido es la muerte. Ha cumplido su promesa. Cuantos le han seguido son ahora hermanos, libres é iguales. El héroe de la República Roja, ya victorioso, se quita su máscara, y de lo alto de su caballo se rie de la destruccion.»

Oigamos el epílogo de esta gran tragedia, cuyo protagonista es la antigua directora de las *Danzas* fúnebres.

«En la tumba... sí... somos iguales: ¡ni encumbrados ni humildes; ni pobres ni ricos! ¡Oh, Libertad! ¿quién te traerá entre nosotros? ¡Ah! no es ni la muerte ni el crímen. Tú no brillarás con todo tu esplendor, sino cuando se apague el ardor de nuestro egoismo. Y tú, Igualdad, ¿sólo vienes con la muerte? No, para todos luce la misma aurora. Ricos ó pobres, grandes ó pequeños, todos los buenos son iguales. Y tú, Fraternidad, palabra sagrada, escudo del ciudadano, ¡cuán ultrajada y profanada has sido! Se ha hecho de tí una tea incendiaria: del cielo es de donde nos viniste; que tu llama se eleve pura, viva, hácia el cielo, y que Dios bendiga á la patria.»

Tal es la *Danza de los muertos*, originalísima, terriblemente fantástica, del poeta de nuestro siglo. Quizás crean algunos que para dar un carácter de época á la Muerte, hubiérale en la presente sentado mostrar en su osificado semblante la sonrisa volteriana, burlona, con esa mueca especial que expresa el desden de quien se juzga poseedor de todo el saber humano. El autor del canto aleman, preciso es reconocerlo, le ha impreso una fisonomía propia de los agitados tiempos á que se refiere, y el esqueleto demagogo, el segador de incautas turbas, es un gran actor que desempeña el personaje

que representa con el mayor lucimiento y propiedad. Fascinando sobre su caballo á la muchedumbre, es aquella tremenda figura de la Muerte que el Apocalipsis anuncia para el dia del último juicio; aquella Muerte *con poder para matar con espada, con hambre y con mortandad*, recorriendo las naciones sobre su *pálido caballo.*

X.

Término de todas las ambiciones es la muerte, en efecto: lo es del mismo modo para el héroe batallador que en ella ve su gloria inmarcesible, el que la busca para la venganza, el que la espera cual un refugio de una triste vida, y la considera como un ilustre español, el poeta Don Francisco de Quevedo, *no pena, sino ley y mandamiento de soltura para el alma.* Ante la niveladora segur de la Muerte, la igualdad es absoluta para todos.

Si las *Danzas de la Muerte* han pasado; si aquella lúgubre aficion de los poetas y de los artistas fué sólo de una época dada, y sus cantos y sus frescos y dibujos son hoy para el historiador y el filósofo un estudio de las costumbres y los adelantos y vicios sociales de la misma; para el crítico y el erudito es un asunto más de sus investigaciones, y para el pintor ó el aficionado al arte, una de tantas obras

antiguas y notables que se admiran por el genio á quien se deben; la protagonista de aquellas concepciones de varia especie ¡ay! esa, entónces como ahora, subsiste y subsistirá con su mismo poder, acechando á los que llegan al límite de la vida ó sorprendiéndoles cuando la felicidad les sonríe.

Solo y para dar término á nuestras modestas observaciones, nos decidimos á copiar en este paraje, por no parecernos importuna ni extemporánea, una animada y elocuente pintura de la que fué el tema de las antiguas producciones poéticas, objeto de nuestro exámen. Pertenece á un insigne varon, gloria de las letras españolas, al sabio y piadosísimo Fray Luis de Granada.

«¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria! dice; ¡cuán presto tu venida! ¡cuán secretos tus caminos! ¡cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir; los sabios no te saben evitar, los fuertes contigo pierden su fortaleza; para contigo ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú paces las hierbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crecientes y menguantes; mas tú siempre permaneces en un mis-

mo ser. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen y tributo que todos pagan.—¡Oh muerte cruel! ¿cómo no tienes lástima de venir al mejor tiempo é impedir los negocios encaminados á bien? Robas en una hora lo que se ganó en muchos años, evitas la sucesion de los linajes, dejas los reinos sin herederos, hinchas el mundo de orfandades, cortas el hilo de los estudios, haces malogrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Finalmente eres tal, que Dios lava sus manos de tí, y se justifica diciendo que él no te hizo *(Sap.* I y II), sino que por envidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo.»

Tal es el inmenso y omnímodo poderío que hemos visto ejercer á la Muerte en aquellas *danzas* á que llamaba á la humanidad; pero en medio del terror que inspira en las mismas, recuerda el pensamiento consolador que forma el espíritu de tales poemas cristianos; pensamiénto á que renuncia en su ceguedad y en su soberbia el ateo y el escéptico: que no es la nada el fin de la existencia del hombre.

FIN.




LS.H.
L3475d
80699
Author Lasso de la Vega y Argüelles, Angel
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

